

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*Años decisivos e inolvidables*

*Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu*

Cuadernos del Archivo de la Universidad **26**

Lima, 2001

## ***Cuadernos del Archivo de la Universidad***

### **Comité editorial**

**Presidente :** José Agustín de la Puente Candamo

**Miembros :** Juan Carlos Crespo López de Castilla  
René Ortiz Caballero  
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz  
Archivero de la Universidad

La edición de este *Cuaderno* fue dirigida por el licenciado Joseph Dager Alva, profesor del Departamento de Humanidades.

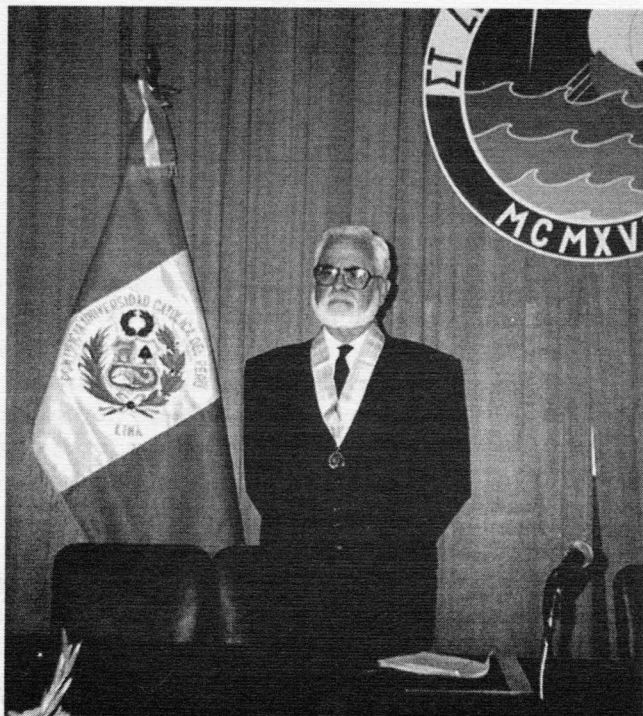
Pontificia Universidad Católica del Perú

Años decisivos e inolvidables: homenaje a  
José Antonio del Busto Duthurburu

– Lima: PUCP, 2001.

90 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la  
Universidad: 26)

Archivo de la Universidad PUCP  
Apartado 1761 – Lima 100, Perú  
Correo electrónico: [archivo@pucp.edu.pe](mailto:archivo@pucp.edu.pe)



*Pero si volviera a nacer, si pudiera empezar de nuevo, si después de ser niño fuera joven y tuviera otra oportunidad de vivir, ténganlo por seguro (y aquí va la confidencia), me presentaría otra vez a la Universidad Católica -mi alma mater- y volvería a seguir la especialidad de Historia del Perú.*

*José Antonio del Espino*



## *Presentación*

Hace 50 años José Antonio del Busto Duthurburu pasó por primera vez el umbral del claustro de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en su ya mítica primera sede de la Plaza Francia. Desde aquel momento la vida de nuestro colega, sus anhelos, su brillante carrera académica fueron estrechamente unidas con la historia reciente del *alma mater*. Sin duda, como dice el título de este volumen tan bien escogido por César Gutiérrez Muñoz, fueron años decisivos, años del vertiginoso crecimiento y rápida modernización de la Universidad. Felizmente, entre los módulos de aulas y floridos jardines del fundo Pando no desaparecieron individualidades dignas de viejos claustros, sin los que la vida universitaria perdería el sabor de la aventura intelectual. Su intelecto travieso, creativo y disconforme, su eterna juventud, y la capacidad de cultivar la tradición de manera natural y sin pompa, introducen este toque de distinción que marca la diferencia entre una verdadera universidad y una fábrica de graduados. Lo recordamos por las obras, por la inconventional manera de ser, por las ocurrencias, por las ideas lúcidas, por su capacidad de ser maestro, colega y amigo. Es tema preferido de anécdotas y remembranzas.

No me cabe duda alguna de que José Antonio del Busto es uno de ellos. Este volumen me da la razón. Alumnos, colegas y amigos se han unido para ofrecer este homenaje tan bien merecido. Cuando escribo estas líneas veo que con los diversos autores de este *Cuaderno* compartimos la percepción de las varias facetas de la personalidad de Antuco, como lo llaman con cariño sus familiares y amigos: "*José Antonio del Busto, amigo leal y generoso*", "*Profesor de paso firme y mirada segura*", "*Palabra de caballero*", "*Antuco, el conquistador*", "*La contagiante pasión por la historia*". En mis propios recuerdos queda gravado el sonido de una vieja y fiel máquina de

escribir, toques muy rápidos que retumbaban desde las tempranas horas de la mañana anunciando el nacimiento del nuevo libro del doctor del Busto. Y, por supuesto también, la voz fuerte cuyo timbre evocaba todas estas anécdotas estudiantiles sobre los desconocidos dotes histriónicos de su poseedor. Los personajes de la conquista española revivían y llenaban el aula del estruendo de caballos galopando por los valles del Ande. José Antonio dicta como escribe sus ensayos sobre la historia colonial y prehistoria andina, siempre comprometido, siempre hilando una gran epopeya en la que asume el papel de protagonista y no de observador.

Ojalá Dios dé a José Antonio otros cincuenta años para que continúe su apasionada cabalgata por los sinuosos caminos de la historia, para que no nos falten su amistad, su alegría, sus ocurrencias.



Krzysztof Makowski  
Jefe del Departamento de Humanidades

## *El doctor del Busto para los de mi generación*

*Cecilia Bákula Budge*

Sé que cuando uno habla de las personas que quiere, habla de alguna manera de uno mismo y por ello debiera primar una actitud de gran objetividad, imparcialidad y hasta cierta frialdad. Nada de ello es posible en esta oportunidad.

Referirme al doctor del Busto significa adentrarme en un mundo de recuerdos y vivencias asociadas a los años felices de mi paso por la Universidad Católica como alumna; luego como administrativa y docente hasta hoy; ello implica remover las fibras más profundas de mis sentimientos, de lo que ha sido mi vida, las opciones tomadas y el camino aún por recorrer.

Quizás él mismo no lo sabe, pero José Antonio del Busto es un referente fundamental para los de mi generación en la Universidad Católica. Lo conocimos en los hermosos patios del local de la Plaza Francia, cuando la Católica era una pequeña comunidad que se gozaba de serlo; de tener características de una gran familia y quiero recalcar aquello de gran y de familia, pues ambas características se daban plenamente.

Mi primer encuentro con él no fue muy feliz: se enfrentó mi juvenil insolencia con su madura autoridad. De inmediato aprendí a mantener mi distancia y supe de los usos y costumbres a los que luego me habituara, más por necesidad que por propia voluntad. Es que a los 17... ¿cómo no creerse dueño del universo?

Como era natural, un mar de rumores y consejas recibían a los alumnos ingresantes. Ser cachimbos era por entonces sinónimo de inferioridad frente a la ganada experiencia de los antiguos quienes conocían a los profesores, tenían un lugar ganado en esa pequeña sociedad y no parecían muy amigos de perder su espacio por los nuevos. Sin embargo, creo que todo ello era más o menos fruto de mi imaginación; en la Plaza Francia los días transcurrían con abso-

luta naturalidad y los hechos relevantes para nosotros, clases y exámenes, tenían su ritmo inalterable. A ello apuntaba la labor de los docentes, las autoridades y el incomparable equipo administrativo. De todos ellos, nosotros guardamos un recuerdo que mezcla la admiración con el cariño, la gratitud con la deuda.

Nuestros primeros años estuvieron signados, sin duda, por la presencia del propio doctor del Busto y por maestros como Luis Jaime Cisneros, Enrique Carrión, Roberto Criado, Franklin Pease, Luis Felipe Guerra, Onorio Ferrero, Salomón Lerner y tantos otros. Algunos nos acompañan y otros son un querido presente en nuestra memoria. Entre ellos, la personalidad de Emiliano Lister supo dejar una huella, como lo han hecho nuestras queridas tías Rochi Giraldo y Estrella Allemant, alma de la secretaría, buenas consejeras y cómplices medidas.

En ese universo de personajes, a los que por razones de edad veíamos inaccesibles y que hoy, por esa irreverencia con que nos ataca el tiempo, vemos con menor distancia pero igual respeto, el doctor del Busto tuvo un rol fundamental; sobre todo para aquellos que hicimos del estudio de la historia, el eje de nuestra vida intelectual.

Del Busto nos enfrentó, sin mayor preámbulo, a una manera distinta, vívida y sentida de entender el pasado del Perú. Sus clases, de estricta puntualidad y severo silencio, eran horas en las que los alumnos éramos transportados a experiencias que habían tenido lugar siglos antes y que adquirirían vigencia y contemporaneidad; empezábamos a ser parte de esa historia que conocíamos poco, pero que él nos exigía comprender, analizar, descubrir y, sobre todo querer. En sus clases se hacía realidad aquel dicho de que sólo se quiere lo que se conoce. Era tanto su fervor, tan amplios sus conocimientos, tanta la pasión puesta en transmitirnos lo que sabía y lo que sabía que sabría, que no era posible abstraerse a esa experiencia de compartir, desde la banca, desde la perspectiva menor de ser alumno, aquella majestuosidad hecha palabra, hecha vivencia.

Sin embargo, su huella en nosotros va más allá de la mera relación profesor-estudiante. El doctor del Busto, a quien jamás podré siquiera atreverme a llamar con el cariñoso y universal apodo de

“Antuco”, nos trasmitía valores y pautas que hoy nos son útiles y que, con mayor o mejor gusto por su propio estilo, no hay quien deje de reconocer. En él las virtudes como la rectitud, la imparcialidad, la investigación acuciosa, la verdad, la honestidad, el compromiso y la lealtad se hicieron carne, se hicieron maestro, se hicieron ejemplo.

Siendo un profesor muy exigente, se exigía a sí mismo bastante más; nos reclamaba aquello que él mismo ponía en práctica y esa exigencia superaba lo que nos correspondía, aparentemente, en nuestra calidad de alumnos; él buscaba que fuéramos no sólo dueños de conocimientos, sino que hiciéramos de nosotros personas de palabra, jóvenes serios y consecuentes, cumplidores de nuestras obligaciones y, a los que transitamos con él por los senderos de la historia, nos formó en la seriedad de la investigación, orientándonos a ser exhaustivos, analíticos, buscadores e intérpretes de ese pasado que deseábamos aprehender.

En lo personal, yo debo al doctor del Busto, entre otras muchas cosas, el haberme permitido iniciar a su lado mi carrera docente como jefe de práctica de sus cursos. A él le debo, además, el guiamiento severo y crítico al momento de la investigación para la obtención del grado y el título académicos. Le debo también, el haber tenido la paciencia de intentar moldear mi carácter, muchas veces abrupto, en busca del crecimiento de una persona mejor. Le debo el cariño permanente, puesto en evidencia en momentos difíciles para mí.

Debo reconocer que el doctor del Busto no podría ser calificado como una persona que expresa cariño; dueño de un gran dominio de sentimientos, ha gustado siempre de mostrar una imagen algo distante, austera y fría. Pero, detrás de ello, ni él mismo puede esconder el inmenso corazón que se alegra o se compadece, sufre o goza y creo que en mi caso le di más de una ocasión de tener que reprimir expresar todos esos sentimientos y, por supuesto, de ello no me arrepiento. Poseedor de un agudo sentido del humor, el doctor del Busto goza tomándole el pelo a las personas y, si uno es blanco de una de sus bromas, debe entender que es una deferente muestra de afecto.

Es imposible olvidar cómo se impuso su personalidad en los tiempos en que se pretendía intervenir nuestra Universidad; cómo nos organizaba en momentos apremiantes. Su solidaridad se hizo patente, también, cuando el terremoto que asoló la región de Huaraz. Éramos un ejército de jóvenes a sus órdenes y el que menos aprendió a tejer y a armar frazadas, seguramente más abrigadoras que bien hechas... Bajo sus indicaciones se organizó una impresionante campaña de recolección de víveres y medicinas y el local de la Plaza Francia fue, por algunos días, un centro de acopio para servir a los damnificados y para ayudarnos a aprender en la práctica, de la entrega y la esencia del mensaje de la caridad cristiana.

En él yo veo al auténtico maestro, al hombre consecuente y al investigador serio que supo unir esas virtudes a las expresiones humanas más plenas. En los últimos años, ha sido ejemplo de fortaleza, resistencia y voluntad; triunfador y combativo, logró imponerse a serios males y hoy, pleno de vitalidad y energía, sigue en rica creación intelectual, con el ímpetu de la juventud a la que nos tenía acostumbrados.

No me cabe duda de que la nuestra ha sido una generación que, cual testigo privilegiado, ha vivido las más serias transformaciones en el país, ha asistido a la modernización y a importantes adelantos técnicos, goza de la revolución de las comunicaciones, ha visto caer el muro de Berlín y, además, ha tenido el privilegio de formarse con maestros cuya vocación por la docencia ha sido motor y estímulo de vida.

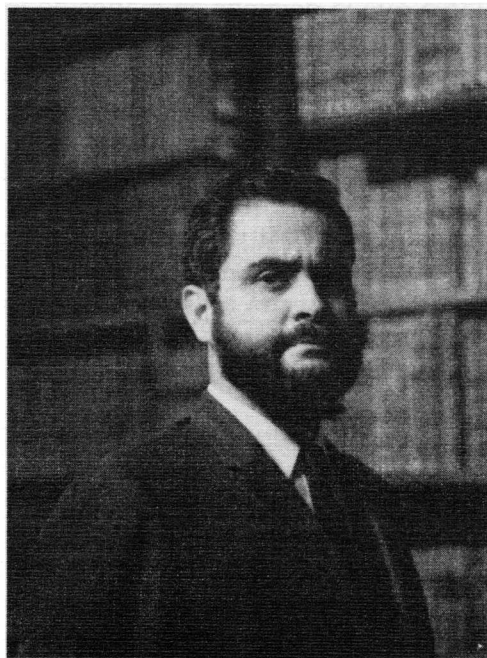
Resulta extraordinario comprobar cómo en una universidad como la nuestra, que con pie firme se adentra en la insondable modernidad del siglo XXI, los buenos maestros no pasan de moda y su vigencia es atemporal por ser permanente.

¡Cómo no agradecer a Dios por ello! ¡Cómo no responder con una expresión de gratitud!

Sean éstas unas palabras para manifestar en mi nombre, y seguramente en el de muchos de mis compañeros, nuestro reconocimiento al doctor del Busto por haber sido parte de nuestra formación.

Dicen que los hijos superan a los padres, pero creo que nosotros estamos lejos de alcanzar siquiera al modelo.

Y, al final, gracias doctor del Busto por la rigurosidad y la severidad; gracias por la exigencia y el apremio, gracias por la coherencia de enseñar con el ejemplo. Gracias hoy por su sonrisa de hombre maduro, gracias por su cariño expresado en legado intelectual.



El joven profesor José Antonio del Busto Duthurburu  
en la antigua dirección del Instituto Riva-Agüero. 1967  
(Foto por José Gushiken)

## *Antuco, nuestro querido primo*

*Juan Francisco, Martha Emilia, María Cecilia,  
Rosa María, Jaime Ramón, Jorge Luis  
y María R. Isabel del Busto Quiñones*

***Pariente, parienta***, término inconfundible que nos indica que es José Antonio del Busto, nuestro primo, el que nos está pasando la voz.

Escribir unas líneas sobre José Antonio del Busto Duthurburu, el historiador, es tarea que la dejamos en manos de los eruditos; nosotros y nosotras queremos referirnos a la relación de familia que nos une y que, es al mismo tiempo, enriquecedora y fuera de lo común en pleno siglo XXI.

José Antonio, hijo de un primo hermano de papá, el tío José Antonio del Busto Risco, aparece en nuestras vidas en la década del sesenta, cuando Juan y luego Mily ingresan a la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Más tarde, en la década de los setenta, les tocaría a los menores, Jorge y Chabuca, conocerlo también como profesor de *Historia del Perú* mientras hacían sus cursos en los Estudios Generales Letras.

La primera impresión que compartimos en nuestro hogar es que gozaba de gran locuacidad y que el salón se llenaba porque alumnos y alumnas se sentían transportados a los escenarios y hechos históricos descritos magistralmente por este joven profesor. También nos enteramos que era un catedrático muy estricto, que no se podía llegar tarde a sus clases y que, como se dice coloquialmente, *no se casaba con nadie*. Le interesaba la información que podían asimilar sus alumnos y sobre todo su formación para la vida, así a Juan que tenía 17 de promedio en su curso, lo jaló por faltas de asistencia; razón mas que suficiente para que los parientes se esmeraran y pudieran aprobar satisfactoriamente sus cátedras de *Pre-Seminario e Historia del Perú*.

La Universidad Católica, nuestra *alma mater*, siempre ha sido el escenario de nuestras vivencias universitarias y en especial el patio de la Facultad de Letras, donde fortalecimos nuestras relaciones académicas y familiares.

Pero para nosotros, José Antonio no es sólo nuestro destacado primo profesor de Historia. Su interés por realizar la investigación genealógica de los del Busto, que graciosamente extendió en nuestro caso, a la rama de los Quiñones, nos ha dejado con un muy grato y fuerte sentido de identidad familiar.

El aspecto de ascético personaje, siempre con corbata negra, lenguaje directo y resonante voz, desprovisto de toda afectación no es sólo una imagen del catedrático e historiador respetado, sino que se traduce igualmente en su relación familiar. Siempre lo hemos apreciado por su integridad, honestidad intelectual, su total lejanía a la mentira, así como su cercanía al terrible defecto de la terquedad. Él es consciente de esto último y lo justifica como un problema genético de los del Busto. Así explicó que nuestro querido tío y profesor como él de la Universidad, Jorge del Busto Vargas, era también *cromosómicamente terco*, lo que lo llevó a la tumba al persistir en su deseo de asistir a la ópera pese a la bronquitis que traía auestas. Este mismo José Antonio, es el que afronta con fatalismo y sin ningún rubor su pase a la eternidad, cuando afirmó a la muerte del tío Jorge, que *"ahora él tomaba la bandera..."* Así es fácil entender que cuando la Universidad celebró una misa por su salud, debido a una programada operación quirúrgica, él se apareció en la cafetería de Letras y con su especial sentido del humor, se dirigió al grupo de amigos que momentos antes estuvieron en la misa y ante la sorpresa de todos los asistentes les dijo: *"he venido para jalarles las patas..."*. La operación se había postergado.

En estos cuarenta años de relación familiar en los cuales nuestras familias crecieron y se multiplicaron, hemos compartido momentos muy significativos de dicha como han sido las bodas nuestras y de nuestros hijos, las presentaciones de los diversos libros escritos por José Antonio, todos ellos dedicados a manuscrito para cada uno de nosotros. Asimismo, conocimos a través de sus amenos

relatos las aventuras de sus viajes a la Amazonía, la Antártida y la Polinesia, entre otros. También por qué no decirlo, los momentos de dolor en los cuales partieron nuestros seres queridos o la consternación que sentimos cuando él quedó prisionero en la toma de la Embajada del Japón. En todas estas ocasiones hemos podido integrarnos asimismo, con Teresa, su encantadora esposa, y con sus cuatro hijas.

De un modo u otro, todos los hermanos hemos compartido con Antuco una cercana identidad familiar. Ceci, quien hasta la fecha trabaja en la Oficina de Publicaciones para la Docencia de la Universidad, ha sido la gran mensajera en todo este tiempo, tanto de uno como de otro lado, siendo nuestro más continuo vínculo con él. Toti, comparte con Antuco su especial interés por las anécdotas familiares y Jaime, su ingenioso sentido del humor.

Nuestra relación con José Antonio no sólo se circunscribe a lo que podrían llamarse hechos significativos que comparten las familias extensas sino que mantenemos esa proximidad afectiva exteriorizada en su interés por la salud de mamá, por el desarrollo de nuestros hijos y, particularmente, en sus visitas a las tías viejas -como él cariñosamente las llama- Isabel, Graciela y Leonor, hermanas de nuestro padre, con quienes transcurría horas de horas conversando, averiguando y confirmando historias antiguas de la familia y entreteniéndolas con sus ocurrencias. Ahora sólo queda Leonor, y Tuquito, como ella cariñosamente lo llama, siempre la visita llevándole bizcochos, alegría, afecto y novedades.

*Pariete*, queremos agradecerte porque nos has enseñado que en pleno siglo XXI, a pesar de lo agitado de la vida moderna, por encima de todas las globalizaciones, es posible mantener, desarrollar y recrear vínculos de familia que fortalecen nuestra identidad y nos enriquecen en afecto y solidaridad.

## *Antuco, el conquistador*

*Luis Jaime Cisneros Vizquerra*

Su presencia lo delataba alto y delgado. Su voz altisonante, corbata negra, sonrisa pronta a abrirse a cualquier interlocutor. No podía pasar inadvertido. Singular fue este grupo de muchachos del 51: no era un conjunto gregario sino una selección de singularidades. Ahí estaban Roberto Villarán y Luis Felipe Guerra. Ahí, Carlos Giráldez y el eruditísimo Enrique Carrión. Y ahí, por supuesto, Armando Zubizarreta, cargado de reflexión y dispuesto y entusiasmado por reformar el mundo. Y ahí se hallaban el reflexivo Raúl Zamalloa, el sorprendente Alberto Varillas y el borgiano Lucho Loayza. Y cómo voy a olvidar a la prominente Rosa Nedda y a las hermanas Indacochea. Y cómo no tener presente al 'colorado Sáenz'. Y todos los que por las noches sabatinas solíamos reunirnos en *El Parral*. Yo era casi uno más en esa promoción. Y no callo el nombre de Sara María Hamann, pudorosamente discreta, a la que todavía no podía yo reconocer como el sol que iba a decorar y embellecer mi vida. Todos habíamos aprendido, bajo el árbol acogedor de la Plaza Francia, a conversar unos días sobre Sartre y otros días sobre Ortega, y hubo días ciertamente (¡claro está!) en que teníamos que hablar mal sobre los siniestros personajes de la política peruana de entonces. Fue en tales circunstancias cuando apareció entera la figura de Antuco. *José Antonio del Busto Duthurburu* rezaban los registros. Pero esa larga aliteración de 'ues' no nos decía nada. Antuco era realmente la voz que a todos convocaba. Unos días comenzó a hablarnos sobre los conquistadores. Otros días nos convocaba al cementerio, y ahí, sin asomo alguno de pena, nos explicaba, acompañado de sabrosos ademanes, la vida y los milagros de quienes allí moraban. Los primeros días aventuramos que se trataba de una curiosa manera de que lo tuviéramos presente. Luego fuimos comprendiendo, agradecidos, que Antuco quería que nos reconociéramos como parte de esa historia compartida: si cobrábamos noticia de las gentes ahí donde por entonces estaban, tendríamos la certeza de cómo compartíamos con ellos la

vida, los avatares todos y la historia viva del Perú. Por lo menos eso sí podíamos leer en los iluminados ojos de Antuco y en el tono vigoroso con que una severa melodía rubricaba sus explicaciones. Y así fuimos descubriendo que el signo vital de Antuco era la oralidad. Signo que reconocemos todavía hoy al leer algunos de sus más celebrados textos. Ahí está Antuco, corazón abierto, ojos iluminados por la vida de los otros, el ademán presto para robustecer cuanto dice y afirma. Antuco es, así, el recuerdo vivo de esa promoción. ¡Gaudeamus igitur!



Caricatura por Manlio A. Holguín Gómez  
Trujillo, 1983

## *Palabra de caballero*

*Amalia Castelli González*

Escribir unas líneas para rendir homenaje al doctor del Busto, aunque sean pocas, resulta difícil porque hay mucho que recordar en torno a él como profesor y amigo.

Mi recuerdo más antiguo de él está relacionado con el primer día de clases en Letras, en el edificio nuevo de la Plaza Francia, cuando se iniciaba el año académico, y el primer curso al que asistí era el que dictaba el doctor del Busto y sobre el que ya había tenido algunas referencias, pero ninguna tan real como comprobar su exigencia y puntualidad, por el hecho de habernos quedado fuera del salón y con la puerta cerrada a pesar de que algunos creíamos tener justificada nuestra tardanza por haber coincidido la primera cita en el servicio médico de la Universidad.

Ser alumna del doctor del Busto no fue sólo tener la suerte de conocer la historia del Perú desde una perspectiva distinta a la aprendida en la época escolar, sino también tener la oportunidad de leer y recorrer los paisajes de la historia acompañando nada menos que a algunos de los protagonistas de los episodios de la conquista de los Andes, recorrer las páginas de su libro *Francisco Pizarro, el marqués gobernador*; era recorrer también valles, caminos, montañas y muchos otros territorios antes desconocidos. Seguiría nuestro aprendizaje al lado del doctor del Busto con los descubrimientos geográficos y en mi caso más profundamente con el curso de *Arte peruano*, este último captaría mi entusiasmo por el tema y me convencería de que mi asesor de tesis de bachillerato tenía que ser José Antonio del Busto. ¡Cuánta más admiración y confianza puede despertar un profesor en un alumno cuando siente que esta confianza es recíproca!

Antes del inicio de un semestre, y ya graduada, el doctor del Busto nos convocó a Liliana Regalado y a mí para que dictáramos con él el curso de *Historia del Perú*; realmente, además de sorprenderme,

me dejó gratamente satisfecha y desde entonces he continuado con esta dura pero agradable tarea de trabajar semestre tras semestre con alumnos de los Estudios Generales Letras. Pero más sorpresas me tenía reservadas el doctor del Busto; al nombrársele director general del Instituto Nacional de Cultura me pidió que dejara temporalmente la dirección del Museo Nacional de Historia para trabajar como asistente de la dirección general del INC, una experiencia realmente inolvidable, no sólo por la experiencia administrativa que adquirí sino también porque compartí durante un año la enorme e impresionante tarea de sacar adelante una institución que con el tiempo se estaba deteriorando, era criticada y además había perdido credibilidad en el medio cultural.

Fui testigo del trabajo duro y tenaz que sólo un hombre honesto y respetable como el doctor del Busto pudo realizar, a veces teniendo en contra a los avatares de la geografía, el mal tiempo que atentaban contra la integridad del patrimonio cultural y, por qué no, también las exigencias de los trabajadores de la administración pública que con derechos justos o sin ellos reclamaban por mejoras permanentes. Sólo el doctor del Busto con el aplomo que le caracteriza, la seguridad en las tareas que inicia y la gran experiencia docente pudo lidiar con tal vez uno de los cargos más difíciles (en mi opinión) que asumí profesionalmente.

Estas palabras y recuerdos son de admiración y agradecimiento para mi maestro y amigo que cuando culminó con el encargo que le hiciera el Ministro de Educación como director del INC, cumplió su palabra de caballero y yo volví a la dirección del Museo Nacional de Historia y a dictar las clases de *Historia del Perú* que habíamos alejado temporalmente en un paréntesis en la tarea docente.

## *Recuerdos de Antuco*

*Samuel Gerardo Choque Martínez*

Escribir una apretada síntesis testimonial sobre el doctor José Antonio del Busto Duthurburu para alguien a quien circunstancias fortuitas lo vinculan afectivamente con la Universidad Católica, constituye un honor y una agradable tarea a la vez, porque se refiere a un personaje esencial de nuestro tiempo, investigador pertinaz e inteligente de las columnas esenciales de la historia del Perú de las que con la agudeza y el rigor que le son propios ha extraído pacientemente una propuesta sobre nuestra identidad proyectando luces sobre un controvertido tema que debe permitirnos fijar nuestras tareas colectivas y comprender con objetividad y racionalidad nuestras proyecciones hacia el futuro.

Recibí de él, a través de Ana María Yáñez -mi esposa- a fines de la primavera de 1981, la invitación reiterada para recibir grupalmente el nuevo año, y desde entonces la semblanza referencial de su persona y de su obra se nutría adicionalmente con las preguntas del psicólogo que colmaban su objetivo en la generosidad verbal de su cónyuge.

Mi primer encuentro con el investigador reveló intuicionalmente al educador sostenido en una escala de valores muy propia de aquellas individualidades altamente desarrolladas en las que coinciden con naturalidad la teoría de la vida y la conducta cotidiana, mientras que en el curso interminable del diálogo su recreación de contextos y personajes permitía la apertura de las preguntas en oposición al cierre soberbio y autosuficiente de las mismas facilitando que algunas veces las preguntas históricas corrieran por mi cuenta y las respuestas psicológicas por la suya. Recordé entonces las frases de Balzac cuando afirma la superioridad del literato sobre los psicólogos por considerar que éstos se ocupan de los personajes que ellos crean, porque en el mundo de del Busto las fuentes históricas guardan relación con la vigencia de personajes concretos, no abstractos, muy próximos a nosotros, cuyas intenciones

podemos anticiparlas y que colocan a la historia y la psicología en una vecindad muy próxima. Fraternal y tolerante a medida que nuestra comunicación surcaba la madrugada ganando en intensidad y apasionamiento y el tiempo breve cumplía su labor convirtiéndonos en viejos amigos; con la mirada escrutadora y el gesto enérgico del docente sentencioso me prohibió dos cosas: tratarlo de usted y llamarlo doctor, sólo quedé autorizado para el uso del familiar "Antuco" ante la presencia fedataria de Ana María, porque como me explicara posteriormente no me asistía el derecho a considerarme más joven que él.

Sirvan las líneas finales para dar cumplimiento a los deseos de Ana María -quien ha trabajado buen tiempo en su cercanía- y de mis hijos, lectores acuciosos de los textos dedicados que nos obsequió y que pueblan preferentemente la intimidad de nuestro hogar.



Con su mujer Teresa Guérin von Bischoffshausen y sus hijas Ana Gabriela (derecha) y Laura (izquierda) en el campo universitario.  
10 de noviembre de 1995

## *¡Que te chifle!*

*Margarita E. Gentile*

Conocí a Antuco del Busto por una invitación de Susana Corbacho, quien cursaba una materia con él en el local de la Plaza Francia. Hacía poco que yo vivía en Lima pero mis guías del Seminario de Arqueología ya me lo habían nombrado varias veces porque, decían, su clase sobre la captura y muerte de Atahualpa tenía la particularidad de atraer a una multitud de todas las carreras de la Universidad hacia su aula el día que la daba; también destacaban que leía textos en español antiguo con la pronunciación correcta y, por supuesto, mimaban sus modos.

Allá fuimos con Susana; ese día era sobre los viajes de los vikingos a Vinland. El edificio era sobrio y el aula austera; pisos de listones de madera lustrada, bancos del mismo material diseñados para mantener despierta a la audiencia y la luz de la tarde de Lima entrando desde el patio por los vidrios de puertas y ventanas.

El profesor era un tipo alto, terno oscuro, abundante barba negra y ojos vivaces; hablaba con voz clara mientras iba y venía por el pasillo entre los bancos, lentamente, de punta a punta del aula, gesticulando cuidadosamente con sus grandes y delgadas manos.

En un momento de la clase leyó tramos de la saga de Eric el Rojo. Los alumnos estábamos pendientes del relato que su voz matizaba con inflexiones y pausas adecuadas. Era un buen texto bien leído: los vikingos, el viento, el mar, los drakars hundiendo sus proas en las olas que estallaban en gruesas salpicaduras, todo estaba allí. Fue fascinante.

Pasado un tiempo, un sábado llegó Antuco al sitio arqueológico de Tablada de Lurín con un grupo de estudiantes de Indiana y lo guió por el yacimiento. De pronto, los que estábamos en los pozos quedamos como en suspenso: sin dejar de ajustarse a lo que ya se sabía, sin embargo su relato volvía a su lugar todas las alfarerías,

tejidos, piezas de metal y gentes que los arqueólogos habían excavado, rotulado y puesto en cajas y bolsitas aparte. Fue como si durante un momento el yacimiento cobrara vida en el tiempo.

Para transmitir esos sentimientos hay que saber de qué se está hablando. En pocas y porteñas palabras: *"este tipo debe saber un montón"*. Por eso, cuando inicié mi peregrinación en busca de tema de investigación para la tesis fui a verlo a su oficina de la Católica para pedirle consejo.

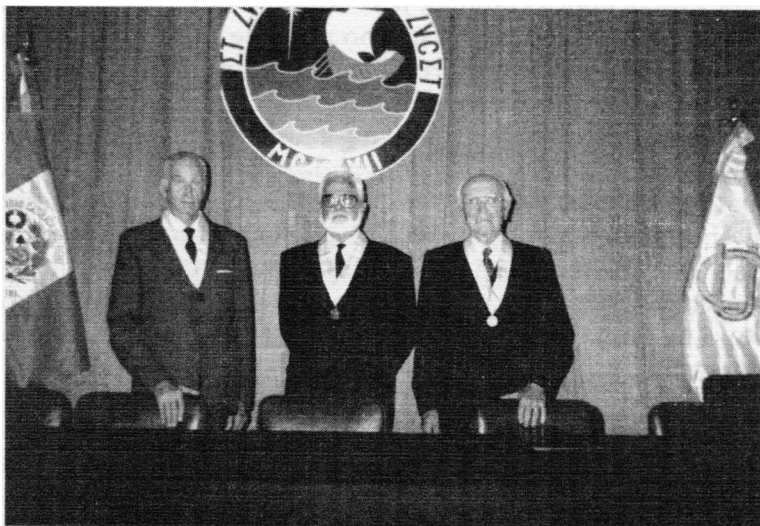
Me rondaban varios temas pero ¿cuál de ellos era el mejor para hacer una buena tesis? Escuchó con paciencia y atención, hizo algunos comentarios pero no me recomendó ningún tema de los que llevaba, y tampoco me sugirió ninguno. La decepción se me debe de haber pintado en la cara porque para devolverme el entusiasmo me dijo *"Un tema es bueno cuando te chifla"*. Fin de la entrevista.

Debo reconocer hidalgamente que pasaron algunos años antes de que comprendiera el significado de aquellas palabras; para ese entonces estaba radicada otra vez en Buenos Aires, mirando el equis borrador de un artículo que insistía en rehacer y de pronto me pregunté con curiosa impaciencia: *¿por qué vuelvo sobre este tema que me da tanto trabajo en vez de dedicarme a otro más fácil?* y la respuesta no fue *"porque me da la gana"*, o *"porque se me antoja"* sino que me contesté rotundamente: *"porque me chifla"*, al tiempo que veía claramente la diferencia entre las ganas o el antojo pasajeros, inestables, y la chifladura de la que hablaba Antuco, que sobreviene cuando uno ama a su trabajo, a pesar de todo.

El recuerdo de aquella frase estaba intacto pero hueco; para completarlo tuve que trabajar mucho, detalle que él prudentemente había callado (tal como yo hago ahora con mis alumnos, para que sea el resultado de sus propios trabajos el que los vaya jalando despacito), como tampoco me dijo que ese mismo tipo de chifladura mal encaminada lleva al disparate (cosa que yo tampoco les digo, pero les sugiero bibliografía... que comparen y...).

Pasaron muchos años antes de volver a verlo personalmente durante uno de mis viajes a Lima. Lo encontré en el *campus* y cambia-

mos unas palabras de saludo. “¡Si supiera!” pensé... había ido hasta allí para leer una ponencia sobre los testamentos de indios del área andina argentina, un tema que me chifla...



El flamante profesor *emérito* José Antonio del Busto Duthurburu con sus maestros Guillermo Lohmann Villena y José Agustín de la Puente Candamo.  
10 de noviembre de 1995

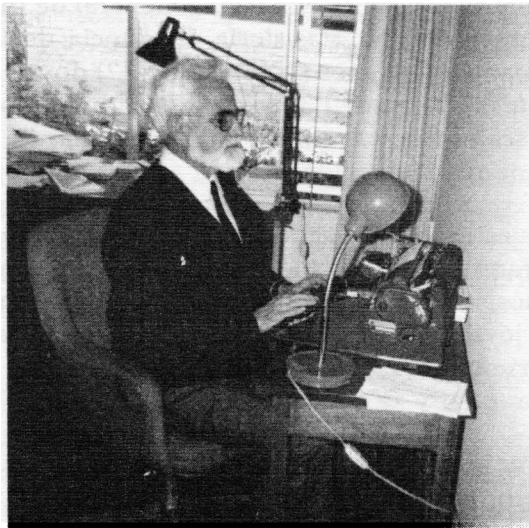
## ***José Antonio del Busto y el arte colonial peruano***

*Ute Geyer de León*

Para una gringa, como yo, que vino al Perú hace más de treinta años, cuando casi todo el mundo admiraba más que nada las obras de arte europeas, pero tenía muy poco interés por la rica herencia artística de la época colonial, José Antonio del Busto era toda una excepción. Su cariño y entusiasmo por este capítulo de la historia del Perú estaban siempre presentes en las muchas conversaciones que teníamos y me motivaron para querer saber más sobre este tema. Para una extranjera, que no había ido al colegio en el Perú y por eso no sabía prácticamente nada sobre la historia de su nueva patria, eran además de suma utilidad los textos de historia de José Antonio del Busto, pues se podía de una manera rápida y exacta extraer de ellos la información necesaria para ubicar en su entorno histórico los diferentes estilos de la arquitectura, la escultura y la pintura, especialmente la Escuela Cuzqueña, casi no conocida en esa época en Europa.

Encuentro verdaderamente admirable que Antonio, desde aquel entonces hasta hoy en día, haya mantenido inquebrantable este entusiasmo contagiante por el arte colonial, sin mencionar por cierto su interés por todos los otros campos de la historia peruana en los cuales ha trabajado y sigue trabajando. Ejemplo de este entusiasmo es su proyecto de un libro sobre las iglesias coloniales del Perú sobre el cual hemos conversado muchas veces y en el cual Antonio había invertido ya tanto esfuerzo hasta que el terrorismo le hizo imposible culminar con su plan. ¡Cuánta falta nos hace este libro de Antonio, siendo tan necesaria toda investigación sobre este tema en una época, cuando un número creciente de turistas nacionales y extranjeros visitan tantas iglesias coloniales con sus tesoros artísticos y quieren saber más sobre su historia, su estilo y su lugar dentro del contexto del arte universal, pero también cuando estos tesoros son amenazados no sólo por temblores e inundaciones, sino más que nunca también por el robo y tráfico clandestino de obras de arte!

Creo que debemos en gran medida a José Antonio del Busto y a su afán y entusiasmo constante de transmitir a sus estudiantes, colegas, amigos y a sus lectores en general su amor al Perú y todas sus manifestaciones culturales, que en estas tres décadas pasadas haya aumentado no sólo el interés para los tesoros arqueológicos del Perú, sino también la comprensión y la valoración del hermoso arte colonial peruano.



Siempre fiel a su máquina de escribir en su oficina del Departamento de Humanidades.  
22 de noviembre de 1995

## *En Sevilla*

*Javier González Echenique*

Para mí, José Antonio del Busto está estrechamente ligado a Sevilla. Allí lo conocí, llegué a ser su amigo y pude apreciar mucho de su fisonomía espiritual e intelectual.

Llegué a la capital andaluza en los primeros días de octubre de 1958, como becario del Instituto de Cultura Hispánica, después de un pesado viaje en tren desde Madrid. Mi propósito era realizar investigaciones históricas en el Archivo General de Indias, y mi fin inmediato golpear las puertas de la residencia de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (Alfonso XII, 12) donde debía hospedarme durante mis días sevillanos. Al día siguiente subía ya por la imponente escalera del Archivo, antigua Lonja de Mercaderes. Comenzaba mi aventura andaluza.

La sala de investigaciones, semidesierta en los primeros días (era vuelta de verano), comenzó luego a poblarse. Llegaban historiadores avezados, cuyos nombres figuran con honor en la bibliografía histórica, jóvenes promisorios que ya conocían la emoción de publicar la primera obra, principiantes novatos, que tomaban posesión de una mesa y se sumergían en sus labores.

No todos me eran desconocidos, porque varios de los concurrentes asiduos llegaron a vivir bajo el mismo techo que yo, y compartían la misma mesa.

Con todos anudé lazos, y de todos conservo recuerdos muy gratos.

Uno de tales era José Antonio del Busto, para quien las cosas sevillanas no eran nuevas, puesto que era ésa su segunda temporada en la ciudad del Betis. Era hombre andarín y curioso, amén de afable y servicial, y no era avaro en proporcionar a otros sus conocimientos y observaciones. Fuimos compañeros de paseos por la ciudad y, cuando el tiempo lo permitió, salimos fuera de ella, a

conocer lugares aledaños. Me veo, por ejemplo, trepando con él por las murallas del castillo de Alcalá de Guadaíra, imponente y ruinoso, o registrando casas e iglesias en la hermosa Carmona. Tales excursiones siempre eran provechosas, porque los saberes de José Antonio eran muchos.

Pero esto era sólo un aspecto de su personalidad. Lo que sobresaía en él era su espíritu laborioso, y su sentido del deber. Él estaba en Sevilla para investigar. Los tiempos libres podían dedicarse a otras cosas, pero aquello era lo primordial. Su aprovechamiento de las horas disponibles del Archivo y su contracción al trabajo eran extraordinarios. Llega uno a pensar que pocos de los papeles indianos referentes a la conquista y a los primeros tiempos virreinales del Perú se le escaparon. Basta ojear las fuentes documentales de sus obras para abrigar tal sospecha. De otro modo le hubiera sido difícil realizar la labor gigantesca que ha llevado a cabo.

La raíz de tal obra viene de aquellos años. Pero, obviamente, había y hay en José Antonio un resorte poderoso detrás de todo esto: su poderosa vocación historiográfica, en la cual no se acusan distracciones. Y por eso podrá dar buena cuenta de sus talentos cuando le sea pedida.

No es ahora la ocasión de tasar y ponderar los caracteres de sus libros. Además de la magnitud que su obra ostenta, es necesario, para juzgarla conocer mejor las grandes y pequeñas cuestiones de la historia peruana. Pero hay en ella algo que siempre me ha llamado la atención: de una documentación más bien seca, administrativa y notarial, José Antonio sabe exprimir, por no sé cuál arte misteriosa, el fondo humano. Así, el capitán, el artillero, el trompeta, el encomendero y tantas otras figuras cobran vida, y se convierten en personas reales. Es una de las cosas que hace más atractiva su obra.

## *José Antonio del Busto, amigo leal y generoso*

*Margarita Guerra Martinière*

José Antonio es a la historia, a la Universidad Católica y al Instituto Riva-Agüero, lo que el agua es para los peces.

Las primeras impresiones de quienes ingresábamos a la Universidad en la segunda mitad de los años cincuenta y que transitábamos de la Plaza Francia por el jirón Camaná hacia la casa de Lártiga, cuando entrábamos al segundo patio, eran algo chocantes, pues se percibía a un señor de gesto adusto -pese a su juventud- que desde las rejas de su ventana paseaba su mirada inquisitorial sobre quienes aparecían por allí con destino a la biblioteca o a las salas de sesiones de los seminarios que se realizaban en el IRA.

Sin embargo, el trato diario fue quebrando esa imagen. Poco a poco se descubría en él al hombre soñador, que a través de la historia se transportaba al pasado y junto con los conquistadores revivía aventuras sin fin, cuyos caminos, décadas después, ha recorrido de verdad, como el que llevaba al río Amazonas, la 'Ruta del Quetzal', el itinerario de Túpac Yupanqui a Oceanía y a la isla de Pascua, y algo que no vislumbraron los conquistadores: el desplazamiento hacia la Antártida.

Otra faceta insospechada es su carácter jovial, la manera de sorprender al dar una 'noticia sensacional' con seriedad extrema, pero que más tarde se descubre que ha sido una inocente broma. Esto se dejaba sentir en los paseos que organizaba el Instituto Riva-Agüero, con profesores y estudiantes a los alrededores de Lima, para completar la formación universitaria con actividades no académicas destinadas a fomentar la sociabilidad, la integración, el compañerismo, el espíritu de cuerpo y la misma vida espiritual. En estas oportunidades destacaba su voz de trueno entonando cantares españoles, dado que fueron años en los cuales los miembros del Instituto tenían acceso preferencial a las becas otorgadas por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Tales becarios recalaban

en el Archivo General de Indias, en Sevilla, y se integraban plenamente a las costumbres sevillanas.

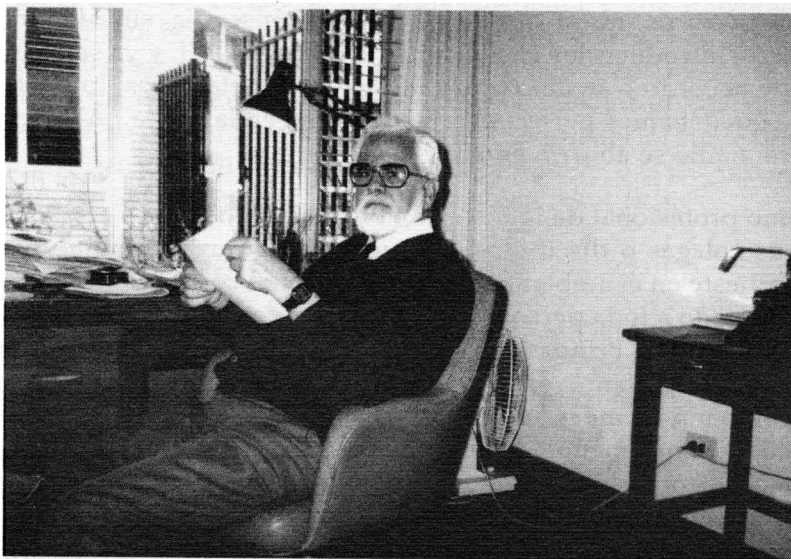
Es importante destacar en José Antonio su lealtad y generosidad como amigo, en las buenas y en las malas, y su delicadeza para brindar apoyo sin producir a la persona necesitada la menor incomodidad. Es el amigo constante que no precisa ser requerido para actuar.

Como profesor debutaba en esos años y fue una buena experiencia para nosotros -no sé si para él- porque conseguía, sin ningún esfuerzo, introducirnos en el ambiente del siglo XVI, y ya se estuviese de acuerdo o se discrepase de sus interpretaciones, lo cierto es que quedábamos perfectamente ubicados en la época. Algo es seguro: nadie se aburría en sus clases.

Como profesional de la historia nunca ha demostrado celos frente a sus colegas o discípulos, actitud que es muy frecuente que se manifieste en el ambiente intelectual. Por el contrario, siempre ha estimulado a toda persona con inquietud por la historia a cultivarla. Es más, ha brindado información a quien la necesitaba. Además, ha dirigido proyectos que para muchos eran irrealizables, como la colección *Grandes personajes para pequeños lectores*, trabajo en el cual comprometió a jóvenes de apenas segundo año de Universidad. Esto no sólo colmó la ilusión de estos noveles investigadores de ver sus nombres en letras de imprenta y con una amplia difusión, sino, además, alguna retribución monetaria. Posteriormente se ha embarcado en proyectos mucho más ambiciosos que también han llegado a buen puerto (*Colección Forjadores del Perú*: tres series de diez personajes cada una; *Historia General del Perú* en 9 tomos, etc.).

Escritor incansable, con una profunda fe en el Perú, se ha identificado con el siglo con el cual empezó su trabajo docente: el siglo XVI; sin embargo, cultiva también otros temas como el mestizaje, los negros, cuestiones de genealogía, etc. Reacio a la computadora, continúa escribiendo a mano y utiliza una de las más antiguas máquinas de escribir.

Algo más que identifica a del Busto son sus convicciones religiosas, sin ostentaciones, pero con profundidad. Es un verdadero católico.



Antuco, hombre de mirada franca y directa.  
22 de noviembre de 1995

## *El doctor Antuco*

Laura Gutiérrez Arbulú

Durante los dos primeros años de Letras el doctor José Antonio del Busto fue un personaje temido. Los alumnos que nos precedían habían hecho correr la fama de su extrema severidad y rigor y durante sus clases no se atrevía a volar ni una mosca.

Recuerdo que la primera vez que pisé la Universidad allá por el mes de abril del año 1968, me tocaba recibir la clase de *Historia del Perú I* con él. Sin embargo no llegué a escucharla. El implacable doctor del Busto entró a las 8 en punto de la mañana y, mientras yo tomaba conciencia de la ubicación del salón que me correspondía, sentí el portonazo que se cerraba en las narices de muchos, incluida la mía, perdiendo mi primera clase delbustiana.

Pronto descubrí que no era solamente la férrea disciplina impuesta por del Busto lo que hacía que todos los alumnos lo escuchasen en silencio y con suma atención. Sus grandes dotes histriónicas nos hacían vivir la historia y ninguno de nosotros ha podido olvidar cómo con nuestros propios ojos vimos a cada uno de los indios muertos en la toma de Cajamarca desparramados por el aula. Con seguridad, todos percibimos los caballos (uno de ellos estuvo a punto de pisarme) y hasta pudimos sentir, sin temor a exageración, el olor de la pólvora y de la sangre derramada...

Los temas de sus clases eran términos comunes en nuestras conversaciones y más de uno amenazó a alguien (en broma naturalmente) con hacer un tambor de su barriga, como había sucedido con Maizavilca. Cuando nos proponíamos averiguar algo "importante", nos convertíamos en "Apo", el orejón fiel al Inca Atahualpa. Y si algún amigo nuestro contaba narraciones inverosímiles era apodado "Ibn Batutah".

Sus notas iban del 06 hasta el 20 y para lograr la máxima nota era necesario aprenderse prácticamente de memoria su libro *Francisco*

**Pizarro, el marqués gobernador.** No era inusual en los exámenes encontrarse con preguntas como: "defectos de Pizarro" o "defectos de Almagro" y, para desarrollarla, había que recorrer la obra entera. Por lo menos, creo que leí el libro cinco veces, si es que no fueron más.

Recuerdo que un día se me ocurrió, con una actitud escolar aún, la tontería de pedirle que no nos dejara tanto para estudiar para el primer examen. Me contestó con una pregunta que me dejó avergonzada: *¿por qué es tan mezquina consigo misma?* Tenía razón; desde ese momento nunca más me atreví a cuestionar algo que sería provechoso para lo que nos esperaba más adelante.

Pero no todo era temor. También hubo ratos de esparcimiento que los cachimbos compartimos con él y con otros profesores tan queridos como Luis Felipe Guerra, Onorio Ferrero, Roberto Criado, Franklin Pease y Luis Jaime Cisneros. En aquella época estudiábamos en el local de Letras de la Plaza Francia y todo se vivía en comunidad, pues apenas cabíamos en los dos patios. Para las fiestas del cachimbo, recuerdo que del Busto fue el jurado para elegir al barbudo de nuestra Facultad, ganando el concurso Polo Gamarra, quien lucía apenas una incipiente barba, en la categoría de "imberbe anhelante".

Ya en la especialidad de Historia, tuvimos la suerte de que nos dictara además de los temas de "Conquista del Perú", uno muy hermoso "Descubrimientos Geográficos", en el que pudimos vivir aventuras tan variadas como las que experimentaron Leif Ericksson, Marco Polo, fray Junípero Serra o Pedro de Urzúa, entre sirenas, Amazonas y extraños monstruos mitológicos.

Fue en este tiempo cuando lo conocí mejor y en él hallé una persona muy valiosa, que trascendía la figura del estricto profesor: un hombre lleno de virtudes, muy tierno con los miembros de su familia, gracioso, anecdótico y ocurrente, buen amigo, disciplinado y austero a más no poder, buen consejero, solidario y, sobre todo, íntegro por los cuatro costados. En él jamás he visto siquiera la sombra de algo falso o deshonesto y puedo asegurar que es una garantía el contar con su amistad.

Cuando le hemos solicitado alguna charla, muy generosamente nos ha cedido su tiempo para hablarnos del tema que eligiéramos. En 1994, mi promoción de Letras cumplía 25 años de haber ingresado a la Universidad y decidimos que debía ser él quien nos impartiera la "clase del recuerdo". Le pedimos que nos hablara de "La Panaka", porque así llamábamos a nuestro grupo de aquellas épocas, y sí que fue una verdadera clase, porque hasta pasó lista. Está de más decir que del Busto se lució y tuvimos como invitados al Inca con sus mejores galas, a la Coya, a los orejones y hasta a los advenedizos.

El doctor del Busto ha tenido la suerte de vivir muchas aventuras, pues quiso experimentar todas aquellas peripecias que pasaron los conquistadores: desde Túpac Yupanqui en su viaje a la Polinesia, pasando por Balboa en el descubrimiento del Amazonas y llegando hasta la Antártida en uno de sus últimos viajes. Oír la narración de cada uno de ellos es un verdadero deleite, porque ni las costumbres de los lobos marinos han escapado a sus detalladas apreciaciones.

Últimamente el destino le tuvo preparada una experiencia inolvidable aunque muy desagradable, pues se encontró entre los rehenes de la casa del Embajador del Japón. Me contó en alguna oportunidad que fue precisamente él el escogido por los terroristas para ser colocado en una de las ventanas como blanco, por si acaso les disparaban desde afuera. En verdad la pasó muy mal, pues justamente en esos días se empezaba a revelar la enfermedad que lo aquejó posteriormente.

Al creer que sus días estaban contados y a pesar del malestar que sentía, quiso apresurar el paso en sus investigaciones y algunos de sus planes los dividió por grupos para que de todas formas fuesen realizados. Gracias a Dios, pudo superar sus males y seguimos teniendo a nuestro lado al del Busto fuerte y severo consigo mismo, cuyas obras no hacen más que demostrar su amor por el Perú.

Desde estas pocas líneas, en las que básicamente he querido recordar los gratos momentos de aquella época de estudiante y dibujar algunos rasgos del doctor del Busto que han quedado grabados

nítidamente en mí; también quiero agradecerle por todas sus enseñanzas, su buen ejemplo, su invaluable manifiesta amistad, el cariño y la confianza que en muchos momentos me ha demostrado. Gracias doctor Antuco: es en verdad un premio contar con usted.



Con su mujer, la profesora Teresa Guérin von Bischoffshausen  
de del Busto, en su casa de San Antonio (Miraflores).  
9 de enero de 1999

## *José Antonio del Busto*

*Oswaldo Holguín Callo*

La primera vez que vi a José Antonio del Busto Duthurburu fue en un aula del edificio nuevo de la antigua casa de la Plaza Francia, aquel que después no pudo resistir la furia de los terremotos y tuvo que ser derribado por constituir un verdadero peligro. Su clase fue la primera que escuchamos los cachimbos de Letras designados para integrar la sección vespertina, en un verano caluroso que las nuevas tareas, obligaciones y responsabilidades universitarias se encargaron de hacer más sofocante. Al cabo de una larga treintena de años, ciertamente han escapado de la memoria algunos perfiles, pero queda lo esencial: la figura de un profesor joven de voz fuerte y bien modulada que decía lo que sabía sobre la prehistoria peruana con total seguridad y formidable aplomo, suscitando sin mayor esfuerzo un ambiente no sólo silencioso, como era deseable, sino casi reverente. Vestía terno y usaba renegrida y poblada barba, su palabra era precisa y a menudo armoniosa (¡instrumento infalible para cautivar al auditorio!), dándole un tono amical al relato, que a menudo se volvía explicación, pues del Busto pensaba, como hoy mismo piensa, que la historia es conocimiento pero también comprensión del pasado. Nadie dudaba de su competencia profesional, pero muchos temían su exigencia y flacos calificativos, pues tenía bien ganada fama de ser riguroso en eso de poner notas a los exámenes... Muchas de sus clases fueron maestras y por lo mismo inolvidables, como aquellas sobre los episodios más dramáticos de la Conquista del Perú, cuando al silencio y recato, ganados por su talento expositor, los alumnos sumábamos una atención redoblada por la emoción (el problema era tomar apuntes sin perder nada esencial, cosa casi imposible porque ¡todo parecía tener ese carácter!).

Sólo después de unos años hice amistad con José Antonio, en mis días de estudiante de Historia, advirtiéndome de cerca su superioridad moral y no sólo intelectual, cualidad que muchas veces he podido confirmar. Los que creemos conocerlo fundados en una

larga relación amical, sabemos que cultiva los valores esenciales y no los pone entre paréntesis cuando es menester observarlos y dar ejemplo de ellos. Más de una vez he sido testigo de su conducta solidaria en momentos de prueba.

Del Busto siempre ha creído en el Perú. Su fe en nuestro país no es de ayer. Cree en el Perú mestizo y a su estudio ha contribuido con un ensayo revelador que en los estudiantes motiva curiosa simpatía y saludables inquietudes. Hombre que no se anda en dudas existenciales sino que ama las convicciones, su civismo -desarrollado desde la niñez y afianzado en la juventud- lo ha llevado a construir definiciones y certezas sobre la realidad peruana de todos los tiempos. Ya quisiera conocer a más peruanos como él. Historiador, investigador y maestro, al lado de tantos y tan diversos proyectos, se ha propuesto también empresas grandes y trascendentes, como la *Historia general del Perú* que dirigió por encargo de una editorial limeña, o su *Diccionario histórico biográfico de los conquistadores del Perú* o su *Compendio de historia del Perú*. Mucho, pues, tenemos que agradecerle a José Antonio. El ejemplo de su tesón y entrega al trabajo (clave del gran número de sus libros y artículos), verdadera guía de disciplina intelectual; la firmeza de su carácter y personalidad, que no escasa huella ha dejado en sus interlocutores; su fe indismayable en el Perú, que conduce a comprender con optimismo todos sus legados; la docencia académica y moral de su trato y conversación, con que la mayoría de sus colegas de hoy, antiguos alumnos los más, nos hemos favorecido; en fin, la palabra y consejo de amigo, no extraña ni fría, en momentos de preocupación o inquietud. Todo ello, y mucho más, sustenta el gran aprecio y admiración que tan justamente se ha ganado en nuestro claustro, la Pontificia Universidad Católica del Perú, como fuera de él. ¡Larga vida, José Antonio!

## *La contagante pasión por la historia*

Alex Huerta-Mercado Tenorio

*"...tiempo impreciso, tiempo en el que las serpientes talladas se retiraron a invernar, los cóndores de piedra plegaron sus alas y el terrible felino se quedó dormido..."*

Todos los niños aplaudieron y yo por única vez en mi vida sentí orgullo de mí mismo, tenía menos de diez años y acababa de culminar mi exposición sobre "La cultura Chavín" de la misma manera que José Antonio del Busto lo hacía en su libro *Perú Pre-Incaico*.

Desde entonces me gustó mucho esa magia de convertir la historia en una narración que contagiase la pasión que el autor parecía sentir y que podía cautivar por igual a un niño de menos de diez años o a un muchacho que recorría muchos años después los pasadizos de los Estudios Generales Letras.

Toda sociedad genera mitos que permiten explicar su origen, el lugar que ocupamos en ella, y el por qué estamos permitidos o prohibidos de hacer determinadas cosas. Del Busto era un mito. En lo personal, los autores de libros parecían lejanos en el tiempo y el espacio, por decirlo de algún modo, eran historia; por lo tanto era raro encontrarse con uno en la universidad. En lo social había un consejo que atravesaba los pasillos, era un profesor de temer, bastante exigente y severo, había que pensarlo dos veces antes de matricularse con él, quizá los débiles heredarán la tierra pero no aprobarían los exámenes de *Historia del Perú I*.

Pero siempre era igual, nos dejábamos secuestrar por la pasión, quizá por su pasión en la enseñanza o su pasión por la historia, quizá por descubrir que hace más de veinte mil años el paisaje se interrumpió por los primeros cazadores o que bajo la sombra de los enormes felinos de piedra se gestó un Estado en el Perú. Cuantas veces nos habremos reconciliado con la historia, volviéndonos cómplices de los guerreros y los artesanos, de los conquistadores y

los vencidos, de los rebeldes y del profesor.

No fueron "... los hechos tal como fueron y no como nos hubieran gustado que fuesen", lo que me parece ha constituido el espíritu de la historia en del Busto, creo que la voluntad de ir tras la evidencia, de atreverse a cruzar los ríos o subir a las montañas, navegar contracorriente y llegar a *Terra Australis*, es lo que lo marca con cierto espíritu guerrero que me sirvió de inspiración cuando busqué ser antropólogo.

¿Qué sería de la vida sin pasión? Creo que eso es lo que me gusta haber aprendido de José Antonio del Busto, no sólo en sus clases, sino también con su presencia, no sólo su seguridad sino su consecuencia y ese espíritu tan valiente como romántico que siempre nos contagiará desde sus conferencias sus libros y su siempre entrañable compañía.

Hace ya algunos años pedí comentar la ponencia del profesor del Busto en un coloquio interdisciplinario, cuando me tocó hablar comencé confesando que, en gran parte le debía a él la elección de mi carrera, él entonces me increpó públicamente "*No me eches la culpa, por favor*", ahora que escribo estas líneas, sigo pensando que él tiene la culpa, y me alegro que la haya tenido.



Con el profesor  
Alex Huerta-Mercado  
lenorio en el aula *Japón*  
(Departamento de  
Humanidades).  
2 de noviembre de 1995

## *Recuerdo de José Antonio del Busto*

*Armando Nieto Vélez S.J.*

Conocí a José Antonio del Busto allá por 1951, cuando él ingresó a la Universidad Católica, y yo comenzaba a cursar tercer año de Letras y a frecuentar las reuniones del Seminario de Historia, que dirigía José Agustín de la Puente. Prontamente nos volvimos amigos. La común afición a los estudios históricos nos hizo aumentar la amistad.

Su inquietud vocacional lo llevó de inmediato a la investigación, con preferencia por los temas de la Conquista y el Virreinato, en los cuales ha logrado alcanzar autoridad y prestigio indiscutibles.

Una bien ganada beca del Instituto de Cultura Hispánica lo condujo a Sevilla y a su Archivo General de Indias, donde laboró incansablemente recogiendo material para su tesis, libros y artículos.

A su vuelta al Perú se inició en la docencia regular en la Facultad de Letras, tarea para la cual tiene señaladas dotes: claridad expositiva, conocimiento seguro de hechos y personajes, amenidad bien administrada, dicción nítida y volumen de voz que alcanzaba inexorablemente cualquier rincón de espaciosas aulas. Pero sobre todo distinguían a Antuco la rectitud como profesor y su indeclinable amor a la verdad y al Perú.

Otra nota de su talante personal es su impenitente inclinación a las aventuras geográficas; no por afán turístico sino por la pasión del riesgo, y la de incrementar sus conocimientos y verificar sus constantes lecturas de cronistas y viajeros. Creo que es el profesor de Historia, en la generación del 50, que más recorridos históricos ha culminado. A más de sus viajes por todo el Perú -repetiendo las rutas de los conquistadores- se asoció a la expedición de Vital Alsar en el periplo amazónico legendario de Gonzalo Pizarro y Orellana; al viaje naval a la Oceanía en la "Independencia", para recordar el empeño descubridor de Mendaña; a las expediciones antárticas de

nuestra Marina de Guerra... De esas andanzas y expediciones han salido otros tantos libros y memorias, nutridos de precisa información y sabrosas anécdotas.

Nada más justo que celebrar el medio siglo del ingreso de José Antonio en nuestra Universidad Católica y en nuestro Instituto Riva-Agüero, en el que acaba de ser reelegido como Director. Al felicitarlo por esta designación, también nos congratulamos nosotros, sus amigos de toda la vida, que tanto hemos aprendido de sus libros, de su ejemplo de trabajo, de su sereno valor ante las adversidades, de su cariño por el Perú integral; y asimismo de su sentido del humor (teñido de amable ironía), y de su lealtad de amigo y colega.



Con los profesores Armando Nieto Vélez S.J.,  
Ada Arrieta Álvarez y José Agustín de la Puenta  
Candamo en el campo universitario.  
9 de marzo del 2000

## *José Antonio del Busto, recuerdos del presente*

René Ortiz Caballero

No lo tuve como profesor en Letras a mediados de los setenta, su fama de exigente había llegado a mis diecisiete años y las ciencias sociales habían ejercido el atractivo de descubrir el mundo -un mundo- para mí. A todo ello se debe un curso de *Historia socioeconómica* en mi registro académico en lugar del de *Historia del Perú I*.

Veinte años transcurrieron entre ese «no encuentro» y el día en que hallé a la persona de José Antonio; digo veinte porque al momento del hallazgo así me pareció el tiempo que había mediado. La verdad, tampoco fue un día en particular, fueron varios, numerosos, y, ahora que los vuelvo a mirar, pocos finalmente.

El almuerzo donde Ramón, en aquella mesa plural por los circunstantes comensales, se llenaba de un aroma de anécdotas que Antonio hacía venir de los más variados escenarios. Unas provenían del siglo XVI, otras de la entrevista que acababa de tener con un alumno; de pronto era la Antártida, de tanto era Barranco o la Oceanía; a veces la remembranza risueña que acercaba al colega ausente, otras veces el recuerdo de un gazapo de sus estudiantes, como aquella llamada de atención puesta en un examen desaprobado, a propósito del segundo viaje de Pizarro: «¡ninguna agencia de viajes podría haberlo organizado mejor!».

Lo cotidiano y lo trascendente podían ser temas de conversación vital por igual en ese hombre de ademanes vigorosos y rostro adusto, los cuales mudaba, avanzando los días de almuerzo, en afabilidad y buen humor con claros acentos paternos. Cuántas veces escondimos sus compañeros de mesa nuestro deseo de aprender de él tras esa pregunta inocente en apariencia que, vertida sobre un tema puntual, daba lugar a una rápida respuesta que, en José Antonio, era sólo el preámbulo de un relato vívido sobre el pasaje de la historia requerido. Con el tiempo, los mediodías se volvieron

oportunidad de asidua concurrencia en pos del alimento que nos ofrecía ya no Ramón sino Antonio.

Su ser docente me alcanzó, repito, no como alumno sino como profesor. En ese clima de comunidad que nos ofrece la universidad, Antonio me hizo partícipe de algunas de sus inquietudes así como de proyectos académicos y aprendí de él su rigor y su comprensión, su orden y su justeza, todo ello en un ambiente de diálogo amical que él hacía sentir como entre colegas; pues tal era y es su sencillez.

De pronto, su ausencia. Súbitamente, sus relatos y anécdotas fueron reemplazados por el comentario preocupado, por el temor que compartíamos acerca de las consecuencias de su enfermedad. Un tratamiento médico exigente y el propio mal hicieron mella en su contextura fuerte pero no en su fortaleza de ánimo; y de ello aprendimos nuevamente todos.

Algunos meses más tarde, corriendo el año 98, terminaba su gestión al frente del Instituto Riva-Agüero don José Agustín de la Puente Candamo. La posta entregada al doctor del Busto por la asamblea pareció un hecho natural por su trayectoria personal, el ascendiente que ejercía y por su estrecha como antigua vinculación con los afanes del Instituto. Convocado para secundarlo en la dirección del mismo, encontré al directivo que tras el verbo claro y directo depositaba generosamente su confianza.

Sus inicios al frente del Instituto fueron tomados con cautela por muchos; superado el mal aunque no las secuelas, se asumió que no tomaría plenamente las riendas de la unidad académica. Múltiples fueron las ocasiones en las que tuve que insistir ante los de la mesa acerca de su presencia real e injerencia directa en las cosas de la casa de Lártiga. Se le extrañaba a la hora del almuerzo.

Del Busto recuperado no acudía donde Ramón pero estaba presente. En una ocasión, por ejemplo, allí en la mesa se organizó un paseo al Callejón de Huaylas y Antonio y Teresa, su esposa, fueron rápidamente de la partida. Entre las numerosas anécdotas cabe recordar la que tuvo como protagonista al guía de la excursión, un

joven natural de la región, que narraba historias y desarrollaba teorías, dueño de la situación, amparado en sus fuentes, una de las cuales era «la obra del conocido historiador peruano Juan Antonio del Busto» (*sic*). Enterado rápidamente por boca de los presentes de que el autor en persona estaba en el vehículo y que su nombre no era Juan, acusó tal zozobra seguida de tartamudeos que hubo que reanimarlo; pero no lograba ser el mismo por inseguridad. Al término del paseo, nuestro guía, paulatinamente recompuesto, recibió un elogioso reconocimiento público de Antonio por la labor realizada. La expresión emocionada de gratitud y alegría en el rostro del guía, por causa de la personalidad que lo elogiaba, quedó grabada con iguales sentimientos en los que compartimos ese momento, gracias a del Busto.

Retomando el hilo rivagüerino, Antonio director dedica sus principales esfuerzos al Instituto; desplegó velas, asumió retos, enfrentó oleajes, cosechó logros y, hace pocas semanas, recibió un renovado y reconocido mandato de la misma asamblea que lo eligió para que continúe al frente del Instituto Riva-Agüero al que ha dedicado cincuenta años de su vida. El día de la reelección, instantes previos a la votación, del Busto dio cuenta de su gestión e hizo público su deseo de continuar en la dirección con una franqueza tan desusada como afectuosa -»¡porque quiero!»- que fue correspondida con un sostenido aplauso colmado de recíproco sentir.

José Antonio del Busto es *profesor emérito* de la Católica, de su universidad, y sigue activo, escribiendo sin conformarse un minuto con los homenajes que viene sumando, aunque ya no frecuente los almuerzos donde Ramón. A modo de confidencia final, él es uno de los motivos de mi permanente gratitud a nuestra universidad por brindarnos maestros tan humanos como genuinos, a quienes podemos seguir para ser... mejores personas.

## *Recuerdos del doctor del Busto*

*Hugo Pereyra Plasencia*

Fui alumno del doctor José Antonio del Busto Duthurburu a fines de los años setenta, cuando yo era estudiante de la especialidad de Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú. De ese tiempo, ya algo lejano, tengo el nítido recuerdo de sus clases de *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú* y de *Historia del Arte Peruano*. Si los auténticos historiadores son, por naturaleza, personas con el peculiar hábito mental de referirse una y otra vez al pasado, incluso por encima de las presiones acuciantes del presente, este rasgo era especialmente destacado en el doctor del Busto, cuyas dotes de recreación y de evocación históricas eran, sin duda, notables.

La imagen del doctor del Busto como profesor y conferencista es de sobra conocida por todos los que tuvimos el privilegio de escucharlo en clase. Dudo que cualquier persona con mediana sensibilidad pueda olvidar, por ejemplo, sus lecciones sobre la captura del Inca Atahualpa en Cajamarca, o sobre el encuentro del griego Pedro de Candia con los pobladores de Tumbes. Pensando en la comunidad universitaria del futuro, espero muy sinceramente que una selección adecuada de sus clases haya sido debidamente filmada y registrada con los mejores medios audiovisuales disponibles.

Por otro lado, desearía aprovechar este espacio para comentar dos de sus rasgos como historiador que considero esenciales, además de su ya mencionada capacidad como comunicador oral: me refiero al esmerado cuidado de su prosa histórica y, sobre todo, a su sensibilidad e intuición como reconstructor del pasado. La historia es, en efecto, no sólo una ciencia, sino también un arte. Muchos parecieron en el pasado -o parecen todavía- haber dejado de comprender y percibir esta verdad tan evidente. Bien dijo alguna vez Marc Bloch que los historiadores jamás deberían dejar de lado aquella parte de su oficio que los vincula con la poesía.

De su sensibilidad, y de su don de plasmar en forma precisa la imagen representativa de una época, podría mencionar innumerables ejemplos. Me viene a la mente, como fragmento que considero magnífico, su reconstrucción del encuentro, el 9 de abril de 1548, entre el derrotado Gonzalo Pizarro y el pacificador Pedro de la Gasca, luego de la escaramuza de Jaquijahuana, cuando el primero, con evidente y desafiante orgullo, le dice al segundo que *"ninguno de los dos, tampoco español alguno, estaría allí si no fuera por Francisco Pizarro, que el Perú era del Rey por sus hermanos y que ellos al Rey nada debían porque no los levantó del polvo sino que ya eran hidalgos antes de nacer España..."* Con ello, el doctor del Busto hace, en pocas palabras, una hermosa evocación de la historia medieval peninsular, antecedente inmediato de la expansión ultramarina hispánica. Con toda su fuerza dramática, esta escena alude también, con sentido panorámico, a todo el proceso que va desde la conquista del Tawantinsuyu y el nacimiento del Perú, hasta las Guerras Civiles y la ulterior pacificación de la tierra.

Quisiera aquí recordar el atinado comentario del doctor del Busto acerca de la interminable polémica nacional sobre la figura de Francisco Pizarro. Considera que el Perú, que todavía es una nación joven, terminará comprendiendo tarde o temprano al conquistador extremeño, como comprenden a Julio César los actuales franceses, descendientes de los galos.

Para concluir estas líneas, creo firmemente que sus páginas sobre la entrada de los primeros conquistadores en el Cuzco, el asesinato de Francisco Pizarro, la batalla de Chupas y la "Guerra de Hernández Girón" -entre otras muchas- reclaman su urgente inclusión en alguna antología de la prosa histórica nacional que reúna los mejores textos de los grandes de la historiografía peruana de todos los tiempos.

No hay palabras que basten para agradecer las enseñanzas de un maestro.

## *Vocación seria y perseverante*

*José Agustín de la Puente Candamo*

Me es muy grato escribir estas palabras en el *Cuaderno* dedicado a José Antonio del Busto Duthurburu y decir cómo ha sido y es seria y perseverante su dedicación a los estudios históricos y a la docencia en nuestra Universidad Católica.

José Antonio ingresó a la Universidad Católica en 1951 e integró una promoción muy valiosa en el campo de las humanidades. Recuerdo perfectamente cómo nuestro amigo llegó al claustro de la Plazuela de la Recoleta con la firme decisión de dedicarse a los estudios históricos, que cultivó desde sus años escolares y enriqueció en la vivencia de la tradición familiar. No tuvo dudas sobre su vocación.

En el seminario de historia del Instituto Riva-Agüero confirmó su voluntad de entrega a las tareas históricas y día a día ganó entusiasmo, cariño y método en el mundo de la investigación. Sus jornadas en el Archivo General de Indias, en Sevilla, fueron decisivas para fortalecer su dedicación específica a la conquista y al siglo XVI.

Más tarde, como profesor en la Universidad Católica y como autoridad universitaria, demostró en la labor de todos los días fidelidad a su vocación intelectual y vivió y vive en sus clases de *Historia del Perú*, dominio del tema, orden y claridad en la exposición, amenidad, capacidad de evocación.

Amante del Perú, conocedor de su historia y de su vocación, José Antonio del Busto explica a sus alumnos la verdad de nuestro país, en su afirmación inicial, síntesis de lo andino y de lo español.

## Mi Perú incaico

Jose Carlos de la Puente Luna

«El Imperio de los Incas era una sociedad feudal»: así se iniciaban las conclusiones de un viejo trabajo escolar que afortunadamente no conservo y del cual casi no recuerdo nada; salvo a los incas de sangre y de privilegio, al auqui, a la coya y que estaba escrito a mano con tinta azul. El joven de primaria que era entonces apoyaba sus torcidas conclusiones en dos textos solamente: uno de ellos era *Perú incaico*. Y es que antes que al doctor del Busto, conocí su obra. Aún conservo el ejemplar que en malas manos ocasionó tamaña herejía. Los trazos en lápiz, círculos y subrayados, me delatan como al único responsable. Las manchas sobre el aríbalo de la tapa y el deterioro del lomo dan fe de cuántas veces he necesitado volver al *Perú incaico*.

Años después, cuando era ya un universitario en Estudios Generales Letras, tuve una revelación: mi estricto y circunspecto profesor de *Historia del Perú I* no era otro que el autor de aquel libro pionero de mi biblioteca histórica. Además del nombre y el inconfundible apellido vasco, la foto en blanco y negro de la contratapa no dejaba lugar a dudas: del Busto había envejecido, pero era él. Muchas veces, en complicidad conmigo mismo, conversé con él, pero no fui capaz de confesarle una palabra acerca de mi desafortunado trabajo de niñez. Descubrí que unos diez minutos antes de que las clases se iniciaran con el cierre inapelable de puerta, del Busto paseaba meditabundo mientras ojeaba un pequeño cuaderno con apuntes y de tapa azul, creo. Entendí que preparaba su clase y anhelé ojear también aquel tesoro del arte de la docencia. Algunas veces me le acercaba y le preguntaba qué textos podía consultar para complementar mis apresuradas notas de clase. La respuesta siempre fue la misma: «*Revise mis libros*». Una renovada consulta del *Perú incaico*, mi *Perú incaico*, me permitió responder satisfactoriamente una pregunta acerca del ayllu prehispánico. Era 1997; nunca más oí una clase de del Busto, aunque su voz y sus consejos me han seguido por pasillos y cafeterías.

En este mismo instante paso las páginas del *Perú incaico* pero no encuentro la cita adecuada para finalizar este testimonio. Pienso en las influencias inconscientes pero profundas y constantes; en la historia de un libro del cual no me he separado y busco al responsable de algunas de mis decisiones profesionales. Aquí hay una cita: *“Utilizando los quipus (que según el cronista Herrera les servían de libros) los amautas y quipucamayoc supieron ser historiadores, como lo atestiguan no sólo Garcilaso y Polo de Ondegardo sino también Zárate y Gutiérrez de Santa Clara. De este modo lograron anotar y guardar memoria de la Cápac Cuna o lista de los Incas, del gobierno particular de cada uno de ellos, de sus mandatos y prohibiciones, de sus guerras y victorias”*. No indico la página adrede, los que así lo deseen vayan a buscarla en el *Perú incaico*.

## *El perseguidor*

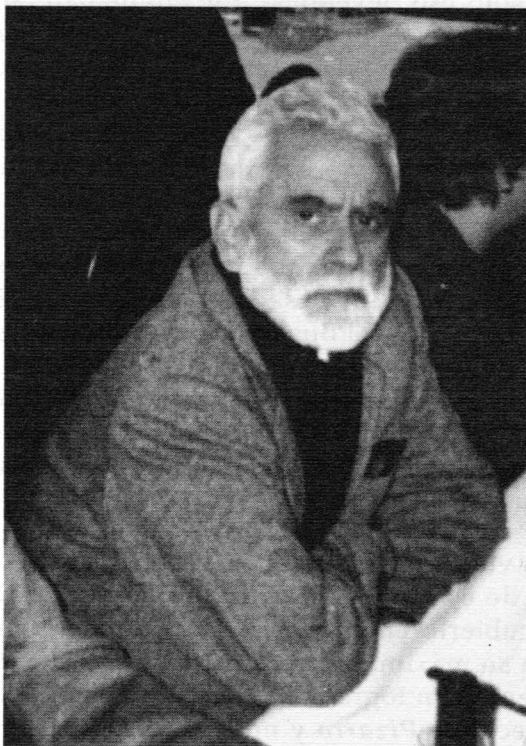
José Ragas Rojas

Que vino vestido de Francisco Pizarro o que disparó un arcabuz en el estacionamiento: tales eran parte de las leyendas -y que eran solo eso, leyendas- que circulaban cuando yo era alumno de Estudios Generales Letras y que hacían del doctor del Busto un personaje "real-maravilloso". Y es que a diferencia de muchos historiadores que prefieren evocar a los copistas medievales, inclinados sobre sus escritorios, atados a su pluma y papel, petrificados en sus bancas, el doctor del Busto se ubica en las antípodas de este arquetipo. Por que no solo se ha contentado con devolvernos casi revividos a varios personajes -Túpac Amaru, Túpac Yupanqui y Pizarro- que otros estudiosos habían sepultado bajo una pesada prosa, más académica e insufrible. Prácticamente, del Busto ha perseguido a los personajes: en el Cuzco ha revivido la infancia del pequeño José Gabriel Condorcanqui; en el Pacífico ha ido tras la ruta del Inca-Emperador Túpac Yupanqui, y ha hecho de Pizarro alguien tan cercano que cuesta trabajo pensar que lleva enterrado más de cuatrocientos años.

Combinar la vida con la historia y la escenografía con los actores es parte de esa sana tradición que José de la Riva-Agüero había redescubierto en sus *Paisajes peruanos* y que del Busto ha elevado a su máxima expresión: son estos elementos los que silenciosamente han logrado que los libros de historia -tal es el caso de su reciente *Pizarro* y muchos otros- vuelvan a las manos del gran público, convirtiéndose en éxito de librerías y compitiendo de *tú a tú* con otros *best-sellers*.

En estos últimos meses he podido percatarme de la sencillez y amabilidad con que el doctor del Busto se dirige a los que recién comenzamos en la carrera, lanzándonos al ruedo al fomentar a que escribamos e investiguemos y fortaleciendo nuestros vínculos con el Instituto Riva-Agüero y con nuestra Universi-

dad. Por tal motivo, quisiera que estas líneas sirvan para expresar mi gratitud y aprecio hacia él.



Antuco en la Cafetería de Letras.  
25 de julio del 2000

## *Una clase con el doctor del Busto*

*Ernesto J. Rodríguez La Torre*

Una clase con el doctor del Busto empieza con una breve carrera para llegar a tiempo: la puerta se cierra puntualmente, abriéndose sólo al terminar la lección del día. Las reglas son conocidas por todos: silencio y atención absoluta, lo que no requiere mucho esfuerzo por nuestra parte pues es imposible aburrirse.

¿Cómo hace el doctor del Busto para cautivar a una numerosa audiencia de bulliciosos alumnos de los Estudios Generales Letras?

El secreto consiste en la conjunción de tres elementos: un completo dominio de escena, el profundo conocimiento de las materias que expone y su gran capacidad de evocación.

Al conjuro de su voz poderosa, del Busto nos hace pernoctar en la Cueva del Diablo, donde contemplamos a la tenue luz de las antorchas, cómo el brujo de la tribu ejecuta las pinturas rupestres de Toquepala. Seis milenios después penetramos junto a la columna de romeros al gran Patio de Chavín, haciendo el recorrido ritual en torno al altar de Siete Pocitos, ante la mirada de los sacerdotes astrónomos.

Acompañando a Túpac Yupanqui en su épica y casi mítica singladura por el Pacífico, nos aclimatamos a los rigores de la vida marinera, algo muy necesario, pues del Busto nos espera en las gradas de la Catedral de Sevilla para llevarnos a Indias. Partimos de Sanlúcar de Barrameda iniciando una penosísima travesía, afectados por el "mal de cámaras" y el escorbuto, comiendo pan agusanado y bebiendo agua con cucarachas mientras la nao orza, cabecea y da bandadas en pos del fanal de la Capitana.

Pagada la chapetonada, esperamos el Pregón de la Entrada para hacernos baquianos y enrolarnos en la milicia indiana. Marchamos por selvas, sierras y arenales siguiendo el estandarte del Capi-

tán General, acampamos, rondamos, combatimos en pos de oro, gloria y ascenso social, topándonos con hambre, enfermedad y muerte.

Pero del Busto no sólo nos guía por las páginas épicas de la historia, de memoria nos describe la vida del hombre común, el nómada, el *hatunruna*, el encomendero, el burgués, el indio, el negro, mil detalles precisos cuyo conocimiento es posible por la firme y feliz unión de apasionada pero serena vocación histórica y profundo amor por el Perú, sus hombres, sus cosas y su pasado.

De las clases del doctor del Busto, tal vez la más memorable sea la disertación sobre el mestizaje, síntesis extensa e intensa de su peruanismo. Quienes lo conocen a través de sus fascinantes libros, no disfrutan su lectura tanto como quienes reconocemos en esas páginas la vigorosa personalidad del maestro. Han pasado varios años desde mi última lección, la magia aún perdura.

## *José Antonio del Busto: profesor de paso firme y mirada segura*

*Miriam Salas Olivari*

Largos años han pasado desde que sentada en una fría y gastada butaca de un vetusto salón del primer local que conocí de la Universidad Católica, ubicado en la Plaza Francia, vi por primera vez a quien sería para mi un maestro universitario muy especial.

Las características habituales de sus clases eran el color, las imágenes y el buen verbo. En ellas, por lo general, magistrales percibí que el espíritu y la persona de nuestro profesor estaban llenos de Pizarro, de los hombres y de la época que lo rodeaban. Su espíritu caballeresco emergía en cada clase de algún campo de batalla, de uno o varios viajes en carabela por los Mares del Sur o de las andanzas a caballo por los áridos desiertos y las punas gélidas que los gestores de la nueva patria realizaron por los caminos sembrados por los incas a lo largo del extenso Tawantinsuyu.

No existía vericuetos, lance o dato que nuestro profesor desconociera. Hablaba con voz fuerte, con autoridad, siempre enhiesto y mirada puesta en el horizonte que en este caso se perdía en la pared más cercana.

Mi admiración hacia él era enorme. Admiraba su verbo, su seguridad y su saber.

Un día un anuncio nos sorprende. El barbado doctor daría una conferencia sobre la visita de seres extraterrestres al Antiguo Perú. El ingreso era libre. La cita era en la Plaza Francia. Convencí a mi madre para que me acompañara, quería que como yo se encandile con su verbo. En la fecha y hora señaladas descubrí que no era la única que pensaba así. La sala estaba repleta de alumnos que como yo estaban acompañados por sus padres y amigos. La ansiedad y la alegría por lo venir y el compartir llenaban el ambiente. Aunque, más tarde, nuestro recién estrenado profesor en una actitud

inusual cambiaría el rumbo de nuestro sentir.

A la hora indicada hizo su ingreso al aula con su seriedad de todos los días. El silencio se hizo expectante. Todos ansiábamos escuchar su verdad, la seguridad de sus argumentos y la potencia de su voz trasladándonos en algún viaje interplanetario. Inició la charla hablándonos de algunas evidencias que había encontrado no me acuerdo donde, pero en menos de quince minutos nos dijo que no le constaba que ello tuviera que ver con extraterrestres y para tristeza y frustración de todos los asistentes dio la charla por terminada... La disciplina histórica me enseñaría más tarde el valor de la veracidad de las fuentes y de los argumentos.

Pronto los tiempos del marxismo llegaron a nuestras aulas. A fines de los años sesenta esta nueva corriente de pensamiento llegada a nuestras costas tardíamente se irrogaba el derecho de conducir la vida y la opinión de todas las fuerzas sociales. En las aulas de las universidades de Lima y del país profundo caló esa ideología. La mayor parte de los estudiantes creyó encontrar en esa corriente las respuestas a las causas y las soluciones de todos nuestros males. En un Perú caracterizado por la pobreza y la desigual distribución de la riqueza la receta parecía buena y entonces se dejó de ver, de analizar y de observar.

El apelativo *burgués* se hizo corriente en el patio de Letras. Servía para castigar a todos los que no pensaban como aquellos que manejaban las conciencias y creían controlar los caminos por los que todos debíamos pisar. El círculo se cerraba. Seguir la línea marcada por terceros era la consigna fuera de toda reflexión.

La intolerancia amenazante alcanzó la esfera de los profesores. Muchos se olvidaron de sus antiguos principios. La coyuntura les exigía doblegarlos para agradar a los alumnos que los mantenían en sus cátedras.

El doctor del Busto que nunca le permitió a nadie independientemente de su color de piel, apellido y lugar de residencia llegar tarde, y que continuamente nos hablaba de la bravura de sus personajes permaneció fiel a sus principios, a sus creencias, a su visión

objetiva de la historia y que tenía un solo fundamento: el Perú.

Se replegó, pero no se encerró en sí mismo y como un Quijote continuó vagando por un presente que ya no le pertenecía. Nadie lo leía, nadie lo citaba. Algunos jóvenes alumnos de Historia con audacia insolente lo censuraban sin siquiera haberlo leído.

Ya en la profesión la necesidad de dictar una clase, la de emprender una investigación y la de corregir antiguos rumbos acercó a sus críticos más radicales y a quienes siempre reconocimos en él una perspectiva diferente y enriquecedora de nuestro mirar al pasado, a sus antiguos escritos. La minuciosidad y belleza retórica de algunos de sus trabajos como el dedicado a Túpac Amaru o a Barranco, y, la abundancia de los datos de su diccionario histórico, entre otros convierten a sus libros en una fuente secundaria invaluable para todos los historiadores peruanos y foráneos de la conquista y del periodo colonial.

Terminaré este reconocimiento a quien su autoridad nos impide llamarlo por su nombre pese a conocer de su afecto con las mismas palabras que le dediqué en la introducción de mi último libro: "*...al doctor José Antonio del Busto por su honestidad como historiador y sobre todo como persona*" (Salas, 1998)

## ***José Antonio del Busto: historiador y maestro***

*Eduardo Torres Arancivia*

Recuerdo ese lunes de agosto de 1995. Yo era por aquel entonces un alumno de Estudios Generales Letras que se había matriculado por voluntad propia (muy pocos hacían eso) en el horario del doctor José Antonio del Busto y esperaba, junto con mis compañeros de aula, la llegada del profesor. De pronto éste hizo su ingreso al salón, no hubo saludos ni presentaciones de ningún tipo. Aquel conocido y renombrado historiador, del que había leído unos cuantos libros en mis años escolares, se ubicó en el escritorio y ante un silencio expectante comenzó a decir:

*“La tierra existe hace 4000 millones de años. La vida surgió en ella hace 3500 millones de años. Los fósiles más antiguos sólo llegan a unos 600 millones de años [...] La existencia del mundo se debe a un Ser Supremo, a una Inteligencia Absoluta que dejó su creación en libertad...”*

Y desde los orígenes del mundo hizo, en esa primera clase, una síntesis que culminaba con el denominado “hombre de Pacaicasa” (1500 a.C.): “El primer peruano”. Fue éste el primer encuentro que tuve con del Busto, en lo sucesivo el maestro se revelaría en sus clases sobre las altas culturas preincas, los incas y finalmente la conquista del Perú, periodo al que dedicó la mayor parte del curso.

Las clases de del Busto me parecieron interesantes por el dominio y la seguridad -casi axiomática- en la exposición de los temas: el dato erudito y la interpretación siempre iban de la mano. Pocas veces hablé con él y cuando lo hacía me acercaba con timidez encontrando a una persona formal, amable y siempre dispuesta a escuchar. Posteriormente, ya como un aprendiz de historiador, lo reencontré en la Dirección del Instituto Riva-Agüero y empecé a trabajar con él. En ese continuo trato me aproximé a su forma de hacer, entender y comprender la Historia, a la par que aprendía muy valiosas y significativas lecciones.

La primera es el haber entendido que la Historia es sinónimo de investigación y que son la curiosidad y la imaginación sociológica los elementos esenciales en la labor de acceder a lo historiable. Ligado a esto, también aprendí a defender mis ideas y propuestas, pues, según del Busto, “la crítica no tiene lugar cuando se trabaja seria y responsablemente”. Comprendí que siempre debo volver a las fuentes primigenias para no caer en generalidades fáciles y tentadoras, y que en ese nivel heurístico debo de llegar a un punto tal que pueda “tutear a cronistas y conquistadores”. Sólo con esa familiaridad, el error y la inexactitud se alejan considerablemente. Aprendí también que la puntualidad, más que una mera cortesía, debe ser una virtud, y comprendí que la organización disciplinada y el orden metodológico son claves para el éxito de cualquier empresa.

Todo esto del Busto me lo enseñó con la práctica y el ejemplo, siempre remarcándome que sobre cualquier cosa debe estar la libertad, tanto de acción como de opinión. De ahí que él considere que no tiene discípulos y de ahí que yo no me proclame como uno de ellos, pues todo aquel que pretenda ser historiador “debe encontrar su propio camino, su propio rumbo”: nada es más perjudicial que inscribirse en una sola línea de pensamiento.

En esto radica la singularidad de del Busto. Investigador dedicado, no busca agradar a un limitado círculo académico sino que, asumiendo la Historia como compromiso social, busca divulgar el conocimiento y los frutos de su trabajo: él escribe con la misma seriedad tanto para historiadores como para no historiadores. La misma didáctica de sus clases está condensada en sus casi cincuenta libros. Maestro de primer orden, continúa repasando sus exposiciones antes de enfrentarse a los estudiantes a pesar de llevar algo más de cuarenta años como catedrático.

Su obra entera es una entrega personal sin influencias foráneas o “de moda” pues el aporte histórico en del Busto se basa en la relación directa y sin intermediarios entre él y las fuentes. Nada de lo que del Busto dice deja de tener su sustento documental. Aún así, esto no lo exonera de la polémica y el debate que muchas veces

han concitado sus propuestas y conclusiones; pero eso es natural y saludable en una obra que aún mantiene su vigencia: mejor es la crítica alturada y académica que el silencio de lo que pasa desapercibido.

Historiador prolífico y cabal, a él le debemos la mejor y más completa biografía de Francisco Pizarro, una de las primeras interpretaciones modernas de la historia de los incas, la reconstrucción de la vida de innumerables conquistadores, el dar nuevas luces sobre las vidas de José Gabriel Túpac Amaru y Martín de Porras Velázquez, el haber descubierto al descubridor de Oceanía (el Inca Túpac Yupanqui) y el haberse aproximado a una primera visión de la historia de los negros en el Perú.

Como director del Instituto Riva-Agüero, abrió las puertas de ese importante centro de investigación histórica a todos los alumnos que tuvieran interés por el trabajo y el compromiso histórico, e hizo que la casa de la antigua calle Lártiga volviera a ser un centro de discusión, difusión y encuentro entre las diferentes generaciones de investigadores.

José Antonio del Busto es alguien privilegiado: su pasión y laboriosidad le han permitido tener una visión totalizante de la historia del Perú: ha visto a los reyes incas y a sus conquistadores, a los virreyes y a sus cortesanos, a esclavos y libertadores, a los golillas, escribanos y memoriosos; y reconstruye esa visión y la entrega a sus compatriotas con el único afán de que lleguen a comprenderse y asumirse con sus defectos y sus virtudes, con sus derrotas y sus triunfos. Por todo esto me sumo al homenaje que se le hace a este hombre que, para bien de su sociedad, renombre de sus mayores y felicidad de sus amigos, sigue haciendo del pasado, presente.

## *Recuerdo primero de Antonio del Busto*

*Alberto Varillas Montenegro*

No puedo asegurar cuál fue el momento exacto en que, hace cincuenta años, conocí a Antonio del Busto cuando ambos ingresamos a la Facultad de Letras de la Universidad Católica en 1951. Pero estoy seguro de cómo debe haber estado vestido: terno de color discreto, camisa blanca, su típica corbata negra y la tradicional boina azul que daba testimonio de que había ingresado a la Universidad y que los alumnos mayores le habían cortado el pelo. En esos momentos era únicamente Antonio, aunque luego algunos de los más cercanos comenzaron a tratarlo de "Antuco": lo de José Antonio fue posterior, o estaba bien escondido.

Por la variedad de sus dichos y hechos, la mayor parte de los cuales estaban centrados alrededor de Barranco y del pequeño pueblo de Surco, Antuco se convirtió pronto en un "cachimbo" popular: explicaba cómo por razones de seguridad portaba una enorme cuchilla y nos mostraba cómo saltaba su impresionante hoja en forma automática, recordaba cómo había probado suerte capeando algunos becerros en lugares cercanos a Barranco, cómo algunas veces las procesiones de Semana Santa en Surco no habían sabido tanto a sagrado cuanto a vendimia, a un grupo más pequeño nos llevó bastante después de medianoche a conocer el cementerio viejo de Surco, la relación podría ser bastante más larga.

De esos primeros años universitarios tengo dos recuerdos de del Busto. El primero, su rechazo por las generalizaciones y los apresuramientos: mientras todos, acordes con nuestra edad y el ambiente universitario en que nos movíamos, estábamos dispuestos a aceptar las más diversas teorías para salvar al mundo, Antuco estaba siempre enfrascado en la búsqueda de datos históricos y comprobando con seriedad ejemplar su veracidad: ese rigor juvenil le permite manejarse con notable solvencia en algunos tópicos -en realidad, en muchos tópicos- en los que hoy su palabra no puede ser discutida seriamente. El otro recuerdo de aquellos años está

relacionado con su permanente negativa a aceptar cuanto cargo de representación estudiantil se le propuso: era claro que el problema estudiantil no le interesaba y lo rechazaba mediante un simple "NO". A cambio de su rechazo juvenil por los problemas estudiantiles, con los años se vio obligado a desempeñar los decanatos de los Estudios Generales Letras y de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas y la presidencia del Jurado Electoral Central en momentos sumamente delicados.

Cuando nuestro grupo recién pensaba en escribir sus primeros artículos para revistas especializadas, del Busto nos sorprendió cuando nos refirió que ya tenía su tesis de bachillerato casi lista y que viajaba a España a investigar en el Archivo General de Indias: se graduó mucho antes que los de nuestra promoción y comenzó a trabajar y publicar con una contracción extraordinaria para quien no dejaba por eso de divertirse.

La madurez de del Busto es la de un historiador de primera línea, que goza del merecido reconocimiento internacional. Pero qué gusto da reconocer que quien ingresó a la Universidad en 1951, ha logrado mantener su particular estilo después de medio siglo. Y que si bien en lo sustancial ha madurado, se puede observar que ha conservado muchos de sus rasgos juveniles. Hasta la corbata.

## *A Antonio del Busto*

*Deolinda Villa Esteves*

Mucho se puede decir de Antonio del Busto Duthurburu: maestro extraordinariamente ameno e inspirador, un escritor de pluma ágil y de múltiples libros, un verdadero amante de la Historia, en particular del mundo de la conquista a cuyo estudio ha dedicado los mejores años de su vida. Pero Antonio no se acaba en el ámbito de la actividad académica ni en el de los libros, a veces torpes refugios para una existencia árida y ensimismada, Antonio del Busto es un extraordinario ser humano que ha dejado una profunda huella en la imaginación y los afectos de aquellas personas que lo hemos conocido y compartido con él un ya largo tramo de la vida, primero como alumnos y luego como colegas en las aulas de la Universidad Católica.

Mis primeros recuerdos de Antonio del Busto me llevan a la niñez, a la casa de mi abuela Raquel, allí donde, de improviso, (*"como de rayo"*, diría Joan Manuel Serrat), llegaba de visita Antonio, este hombre grande y fuerte y cuya voz tonante llenaba toda la sala. Venía a visitar a mi tío Pedro (Pedro Rodríguez Crespo), también historiador y gran amigo desde el "patio de Letras". En esa misma casa llegaría a conocer años después cuánto le gustaban a Antonio los choritos a la chalaca.

Más tarde lo encontré en la Universidad. No era, por entonces, Estudios Generales Letras sino los Estudios Generales de Ciencias Económicas y Administrativas en la casona de Miró Quesada, hoy desaparecida, antes de que mi alergia a los "límites y derivadas" hicieran que cambiara mi destino académico. Recuerdo vívidamente su vozarrón característico conminándonos a ingresar al aula antes de que él atravesara la puerta. Era mi primera clase de *Historia del Perú*. Antonio llegaba siempre en punto, a las 8 a.m. Una vez traspasada la puerta, ésta se cerraba indefectiblemente,

salvo cuando proponía una votación “democrática” y se decidía a voz alzada el “perdón real” para los hombres y mujeres en falta.

Las 8 de la mañana era una hora demasiado temprana para una cachimba como yo y lo animado de sus clases no evitó que en alguna oportunidad fuera estrepitosamente despertada de mi sueño por un atronador carpetazo, seguido de una sonrisa de simpatía. Ésta siempre se la agradecí. Luego Antonio me contaría que muchas veces antes de llegar a clases se daba tiempo para dar un paseo por el barrio chino y apreciar ese movimiento febril de una ciudad que despierta, percibir sus olores y sonidos. Como un historiador nato, más que en los museos, buscaba encontrar al hombre en medio de los múltiples detalles de la vida cotidiana.

Los tiempos del jirón Miró Quesada y luego los de Letras, ya en el fundo Pando, fueron los primeros años de la década del 70. Era la época de Velasco Alvarado, tiempo de enfrentamiento, tiempos duros para aquellos hombres y mujeres que no se sujetaban a las rígidas consignas ideológicas en boga, ni aspiraban a convertir la violencia en instrumento del cambio social y solo se adherían a un humanismo abierto, un sentido ético de la vida y una visión democrática en el accionar político, una posición democrática encasillada por entonces en el epíteto de “pequeño burguesa” y hoy, aparentemente, y quizás solo aparentemente, triunfante. Este espíritu colisionaba frontalmente con el espíritu de la época. Antonio del Busto estuvo entre aquellos profesores que debieron librar una dura batalla personal para mantener el espíritu humanista y libre, propio de una institución como la universidad, en el sentido más general del término.

Para mi generación, que ingresó a la Facultad de Letras alrededor del año 75, Antonio del Busto fue la real personificación del conquistador español, aquel que él mismo describía con tanta maestría y detalle. No era solo su apariencia, en la que predominaba “la barba”, y su empaque en el hablar, era su vida, asociada a una serie de aventuras reales que compartió con nosotros a través del relato. Pudimos seguirlo en su viaje a la Oceanía, las islas Marquesas y Mangareva, siguiendo el rastro de Túpac Yupanqui; lo pudimos imaginar surcando el río Amazonas, como lo había hecho en el si-

glo XVI el loco genial Lope de Aguirre, "el traidor", cuyo periplo nos lo había narrado Antonio en alguna de sus clases. Pudimos evocar, con un escalofrío, a Lope en la cubierta de su nave durmiendo de pie con un ojo siempre abierto y pronto a ejecutar a alguno de sus "marañones", sobre cuyo cuerpo colocaría finalmente un cartel con la frase: "*por traidorcillo*". Su viaje a la Antártida nos fue narrada con lujo de detalles y una gran vivacidad en una reunión que al propósito organizamos un grupo de amigos en la casa de Teodosio "Toto" Arias Schreiber hace ya muchos años. Por todo ello, su presencia entre los rehenes de la Embajada del Japón tomada por un movimiento subversivo en diciembre de 1996 no nos pudo llamar la atención, aunque sí llenarnos de consternación. Tenía que ser Antonio.

Esta nota podría seguir extendiéndose, pero es hora de acabar. Solo me resta expresar a este hombre tan especial mi gran afecto y mi profundo respeto.



# *Testimonios*



... esta tesis [*de Doctor en Historia*] representa un trabajo valioso y original, digno de ser aprobado y publicado por el aporte novedoso y sólidamente documentado que ofrece a un hermoso capítulo de la historia del Perú virreinal.

Lima, 8 de agosto de 1957.

*Onorio Ferrero*

El maestro que hizo posible mi formación mediante el curso de *Preseminario*, con dosis de rigor y seriedad.

El director del IRA, que asume el rol de amigo, mediante el diálogo hace que reconozcamos nuestros defectos personales con el fin de mejorar nuestra función laboral y el prestigio de la institución.

Lima, 29 de marzo del 2001.

*Acisclo Pizarro Bedón*

En el segundo semestre de 1998 realicé varias entrevistas al doctor José Antonio del Busto Duthurburu para un proyecto de historia oral. En el transcurso de la entrevista conocí al joven doctor José Antonio del Busto involucrado como animador en los concursos previos a la elección de la Reina de la Primavera. Para llamar la atención de los alumnos, el doctor del Busto tenía que ingeniar algunos números que superados daban puntos a sus reinas o de lo contrario recibían algún castigo. Como él mismo señalaba estos concursos consistían en: “conseguirse al perro con tales o cuáles

características y se conseguían al perro que tuviera, pues, una mancha blanca sobre la ceja izquierda” o “un gato que hiciera tal o cual cosa durante el tiempo que estuviera exhibido en público o de repente, pues, hacer cantar a un gallo”. De esta forma todos los participantes disfrutaban de un ambiente alegre.

Lima, 2 de abril del 2001.

*Roisida Aguilar Gil*

Conocí al doctor del Busto de niña, como un señor de barba que frecuentaba la casa de mi tío Hernán. Más tarde, al ingresar a la Católica, abusé con frecuencia de su paciencia para que me ayudara a resolver el laberinto de la vida universitaria. Sin embargo, sólo cuando fue mi profesor pude darme cuenta cabal de la extensión de su saber y, sobretudo, de la facilidad con que lo compartía entre sus alumnos: la historia, narrada por él nunca era aburrida. La amenidad de su relato se basaba en una investigación profunda y minuciosa, algo que también me enseñó a realizar. Pero la característica que siempre asociaré a él es la honestidad y la seriedad en el trabajo del historiador.

Lima, 2 de abril del 2001.

*Blanca Alva Guerrero*

“Oye -me detuvo un día, con voz paternal y autoritaria, la primera vez que hablamos- *¿tu vas para historia?, ven para acá un momentito*”. Entré a su oficina (en la que caben el púlpito y la confesión) y bajo la mirada profunda del maestro y la complicidad silente de una

vieja máquina de escribir, hablé un poco de mi vocación y escuché sus consejos.

Diez minutos más tarde salí de allí con el encargo de escribir un libro. Ese día comencé a sentirme parte de los que toman la pluma por encima del miedo.

Imagino al maestro en estos días, aún en la tarea de que más alumnos escriban, de hacer más historiadores también fuera del aula, dentro de esa consigna tácita de escribir al hombre desde el tiempo, desde la pluma antigua y desde los papeles amarillos dejados entre los llanos peninsulares y las caprichosas alturas de América, para seguir haciendo historia, para seguir conociendo la verdad.

San Juan de Puerto Rico, 28 de abril del 2001.

*Isaac Cazorla Moquillaza*

Cuando recién ingresé a la Católica me recibió la docencia ágil y erudita del doctor José Antonio del Busto. Quedé impactada por sus clases magistrales que resultaban siempre sumamente interesantes y entretenidas como demostración de que la Historia es una disciplina viva y fascinante. De otra parte, su personalidad imponía respeto y silenciosa atención, pero al mismo tiempo inspiraba mucha simpatía. Ahora que yo también enseño, aprecio y valorizo más que nunca esa generosidad en el dictado, esa entrega y ese despliegue de energía que agota.... pero alimenta el alma. Si escogí estudiar Historia alguna deuda la tengo con el doctor del Busto. Muchas gracias doctor del Busto. Es usted un verdadero maestro.

Lima, 29 de abril del 2001.

*Ximena Fernández*

Escuchar una conferencia o clase del doctor del Busto es sentirse transportado al pasado gracias a la imaginación creadora de la palabra justa, y, a la vez, entender los grandes dramas, problemas y episodios de nuestro acontecer histórico, con la debida seriedad, pero también con el colorido y profundo humor que nos permite comprender el pasado y quererlo, tanto en sus páginas más hermosas como en las más sombrías.

Leer una obra del doctor del Busto es comprender que un texto de historia no tiene que ser ni árido ni aburrido, sino más bien una invitación a entretenernos con nuestro pasado, compuesto no por meros hechos sino por hombres, mujeres, paisajes, escenarios e incluso plantas y animales que cobran -o recobran- vida cuando les atrapan las palabras que les dan un sentido.

Trabajar con el doctor del Busto es sentirse seguro de las propias capacidades y comprometidos a corresponder a su generosa confianza, como ha ocurrido con la experiencia del grupo de investigadores dedicados a escribir la historia del Virrey Amat, proyecto en el cual nuestro maestro ha expresado su apuesta por jóvenes historiadores de nuestra casa de estudios.

En suma, aprender del doctor del Busto es no sólo nutrirnos de su conocimiento del pasado, sino también seguir su ejemplo de laboriosidad, dedicación y constancia para lograrlo, actitudes que nos muestran que los logros perdurables sólo se obtienen a fuerza de sacrificios y de entrega generosa por lo que uno ama.

Lima, 30 de abril del 2001.

*Carlos Pardo-Figueroa Thays*

Hablar de José Antonio del Busto es hablar de seriedad, orden, precisión, sistema de trabajo.

No tuvimos la suerte de contarnos entre sus alumnos, pero sí la de colaborar con él en el curso de *Preseminario* de la antigua Facultad de Letras de la Plaza Francia. Sus indicaciones precisas, sus consejos oportunos, su facilidad para anticiparse a los hechos, fueron cualidades que descubrimos desde el primer instante, así como la rapidez con que podía encontrar solución a los problemas de quienes nos iniciábamos en el trabajo universitario. Todo esto, brindado con espontánea generosidad y casi sin pedírselo.

En la charla cotidiana y en la lectura de sus textos, habríamos de confirmar otros aspectos de su personalidad: energía vital, convicción contagiante, erudición histórica, amor a la investigación, razonamiento concluyente, rigor científico, conversación amena con lenguaje familiar, evocación constante de personajes y situaciones del entorno familiar, vecinal y nacional.

Ya entonces nos brindó una amistad que aceptamos complacidos, amistad que ha ido fortaleciéndose con el paso de los años (casi 40) y con el desarrollo de algunas tareas en común.

Piura, 2 de mayo de 2001.

*Jorge Rosales Aguirre*

Existen personas que se pierden en la memoria inmediata, los otros perviven en la memoria larga enriqueciendo la humanidad, que el historiador Pierre Chanau denomina la memoria de la eternidad.

Este es el ejemplar rol que viene construyendo el doctor José Antonio del Busto con su infatigable magisterio.

Recuerdo que en mi promoción de Letras solíamos llamarlo nuestro profesor de Historia, una apropiación inspirada en el respeto y la admiración entre los jóvenes de aquella época. Hoy, después de

este tiempo, vivo la experiencia de su papel como director del Instituto Riva-Agüero, descubriendo que su magisterio continúa entre nosotros, retador e incisivo para proponer caminos y descubrir horizontes, que suele atenuar y animar con una sonrisa.

Lima, 4 de mayo del 2001.

*Inés del Águila Ríos*

Hay mucho que escribir con respecto a la figura de José Antonio del Busto, podríamos hacerlo sobre su labor docente, sobre sus numerosas obras, sobre su inagotable producción intelectual, sobre su carácter serio y a veces adusto, y sobre muchos otros aspectos, sin embargo ahora yo sólo quiero recordar una anécdota bastante personal pero que dice mucho de su calidad humana.

En noviembre de 1994 falleció mi padre, y la noche del velorio apareció en la iglesia de Fátima el doctor del Busto, se acercó a mí y me dijo: *«pasaba por acá, y me dije: aquí está mi amiga Ada despidiendo a su padre y son estos los momentos en que los amigos debemos estar juntos, por eso he venido y por eso estoy acá»*. Estas palabras nos dicen a cabalidad lo que podemos encontrar en él como amigo.

Lima, 4 de mayo del 2001.

*Ada Arrieta Álvarez*

En uno de sus innumerables libros el doctor del Busto mencionó que *«el hombre hace al nombre y nunca debe de ocurrir al revés»*. Esta frase no puede ser más representativa de la trayectoria de vida de un historiador cuyo valioso trabajo no sólo permitió que los perua-

nos descubriéramos la ambivalencia de nuestra herencia fundante, mitad noble y mitad popular, sino que abrió una ventana al universo de aquella «hueste perulera» que, en algún momento, decidió reinventarse en el Perú. El enriquecedor aporte del doctor del Busto a la historiografía peruana radica, principalmente, en su aproximación a la gesta heroica de la conquista. A ese momento supremo en el que como, en toda confrontación cultural, abundaron no los claroscuros de las etapas de quietud, sino las luces y las sombras, las cumbres y los abismos, los triunfos y las derrotas de lo que Huizinga denominó «los tiempos interesantes». En el silencio inmutable del «Marques Gobernador», en la obsesión de Lope de Aguirre y de los amazonautas, en el sordo rencor de Almagro y en las alegrías y tristezas de la «caravana de los aventureros» que nos conquistaron, del Busto pudo capturar a través de una prosa amena y ágil a esa humanidad que -aunque muchas veces olvidada- constituye la trama y la urdimbre de la historia. Si es verdad que los historiadores terminamos por asemejarnos a lo que estudiamos, yo me permitiría sugerir que el doctor del Busto representa a esa hidalguía y a esa prosapia que tan bien describió en sus trabajos.

En tiempos ruidosos como los que nos ha tocado vivir, en los que la coyuntura y la banalidad lo dominan todo, el silencioso trabajo del doctor del Busto nos recuerda al de muchos otros grandes de nuestra historiografía. Aquellos que como Jorge Basadre, Raúl Porras o José de la Riva-Agüero fueron capaces de descifrar signos, atar cabos y resolver incógnitas sin detenerse mucho en la fugacidad del momento, que ellos bien sabían se disolvería en la inmensa vorágine del tiempo. El conocer al doctor del Busto ha sido para mí un inmenso privilegio, pues he podido trabajar de cerca junto a un grande de la historiografía peruana. Quedará siempre en mi memoria la tersa humanidad del doctor del Busto. Su destreza de buen soldado en los combates de la pluma, pero por sobre todo su estoicismo, su sabiduría y su fortaleza espiritual para confrontar las batallas difíciles que usualmente nos presenta la vida.

Sewanee (Tennessee), 10 de mayo del 2001

*Carmen Mc Evoy*

«Lima fue fundada el lunes 18 de enero de 1535, a las 10 de la mañana...» Ésta como muchas otras frases se quedaron en mi memoria, sería por su peculiar siseo al hablar o por la vehemencia con que expresaba su vasta erudición, todo esto sumado a una buena cuota de histrionismo... ¡qué sería! O el hecho de haber comprobado por sí mismo en las fuentes o en los vestigios lo que narraba. Sus clases siempre las consideré como sesiones magistrales de Historia: la toma de Cajamarca, Lope de Aguirre -*Der Gottes Damerung*- más vívida que la película de Herzog, Hernando Pizarro en Pachacamac. Aunque después no me dediqué a la investigación histórica, aún hoy, día a día, me son muy útiles en mi trabajo turístico las lecciones de José Antonio del Busto Duthurburu.

Lima, 23 de mayo del 2001.

*Ricardo Moscoso Lavagna*

La espada del más. Siempre he visto en el doctor José Antonio del Busto un hidalgo universal al tiempo que embajador de la peruanidad. Duro como el granito de El Escorial o los muros ciclópeos de Sacsayhuaman a la hora de trabajar, pero blando como la nieve de la Sierra de Granada o la espuma de la costa barranquina a la hora de dar. Rigurosa objetividad de arquitecto milimétrico pero pujante y creativa vitalidad de poeta al hacer valer su rico yo. Conquistador del más -del primer lugar- a lo Pizarro y conquistado por lo menos -el último lugar- a lo Martín de Porras Velásquez. Amigo de sumar (aventuras, sangres, culturas), enemigo de restar (flojera, materia, bazofia). Siempre en vela, valiente, señalando que la meta está siempre más allá.

Lima, 25 de junio del 2001.

*José Antonio Benito*

Quienes sólo conocen al doctor Antonio del Busto en sus serias facetas de profesor y de autor de libros de historia, no imaginan lo gracioso que es, sobre todo cuando cuenta anécdotas, algunas de las cuales lo tienen como personaje. He aquí una de ellas:

Estaba Antuco, concentrado y muy serio por supuesto, en una estación de Osaka, en el Japón, tratando de tomar un tren y luchando con la dificultad del idioma, el país extraño, la cantidad de gente y tratandò, con su cara más severa, de llegar a su tren. De pronto, se acerca un grupo bastante grande de niñas de colegio, y empieza a surgir la risita escondida que se extiende entre ellas. Decenas de miradas lo apuntan desde los pequeños ojos rasgados. Se levanta un bracito extendido con un dedo que lo señala y se escucha, de la manera más clara y comprensible, "¡Kentucky Fried Chicken!".

Lima, 25 de julio del 2001.

*Alicia Nicolini Iglesias*



## *Epílogo*



## *Ser patricio....*

Cuando hacia fines del año pasado César Gutiérrez Muñoz me invitó a participar en esta feliz idea acepté con radiante alegría y de inmediato. Hoy, al prosar estas líneas, me percaté de la osadía que significa escribir algunos párrafos a modo de epílogo de este *Cuaderno* de homenaje al doctor José Antonio del Busto Duthurburu.

Quizá deba empezar relatando algunas confidencias sobre los preparativos. El asunto empezó a gestarse gracias "al e-mail". Luego de algunos mensajes intercambiados, el 27 de noviembre del 2000 César anunció la posibilidad y, en enero del presente año, la conversamos y maduramos en Lima. A partir de ahí, Chombo nos puso a trabajar a todos, en especial a su eficiente equipo. Nos apremió con las fechas y nos impuso el secreto, de modo que la edición sorprendiese al homenajeado. Bien sabía César que del Busto no persigue la loa, el panegírico, y tal vez hasta le incomode un poco.

La acogida de la idea fue en verdad estupenda. Colegas y alumnos aceptaron gozosos sumarse a la iniciativa, pues coincidían en la necesidad de expresar un elogio sincero a quien, sin jamás buscarlo, se lo había ganado con derecho propio. Las ganas sobran y la maquinaria se echó a andar. Toda ocasión es siempre propicia para dejar fluir las "verdades del corazón", pero el hacerlo este año 2001 tenía un especial significado, pues celebramos el quincuagésimo aniversario de la vinculación de del Busto con nuestra *alma mater*. Él fue un "cachimbo" en clases de la Católica a partir del 6 de abril de 1951. Es mucho más que anecdótico precisar que -según del Busto recuerda- su primera clase fue a las ocho de la mañana de aquél día con don Guillermo Lohmann Villena.

Imagino a aquel muchacho, alto y flaco, con un semblante de seriedad que impediría sospechar la existencia de su hoy conocido sentido del humor. Aquel muchacho alguna vez fue un niño barranquino. A confesión de parte, podemos afirmar que fue un "palomilla" del barrio de la Ermita. Jugó, correteó, brincó e hizo travesuras mil que el Puente de los Suspiros y la Bajada de los Baños

recuerdan bien, pero que han callado, de modo que se mantenga incólume la imagen de estricto profesor e implacable asesor que todos sus alumnos hemos conocido y hasta -por qué no decirlo- temido.

El entonces cachimbo de la Católica había realizado sus estudios escolares en el colegio marista San Luis de Barranco. Destacó como pocos en los cursos de preparación militar. Fue el brigadier de su sección durante varios años, amén de brigadier general del plantel. Recibió la condecoración de *El Sol Radiante* y llegó a ser sargento segundo de reserva. Su abuelo materno, don Enrique Duthurburu, había sido coronel y todo hacía pensar a la familia que José Antonio lo seguiría en la carrera de las armas, donde, como es fácil intuir, hubiese tenido un brillante futuro. La idea le atraía, pero terminado el colegio, se encontraba más inclinado a la tauromaquia. Los que le vieron afirmaron que el muchacho era buen banderillero, integraba una cuadrilla juvenil y participaba en las ferias de Surco, Pachacamac, Lurín y Mala. La afición caló dentro y, años después, viviendo en España, resultó ganador en la feria del pueblo de Zalamea. De manera que el niño travieso tornó en el joven con energía desbordante, valiente y con ansias de aventura.

Regresemos al niño, puesto que José Antonio tenía otra afición que le exigía mas bien calma y tranquilidad. Me refiero al interés histórico. Son pocos los niños que disfrutan, como él lo hacía, visitando museos y leyendo sobre historia. Desde infante lo apasionaba la conquista y jugaba con "soldaditos". Ya desde esa época ha debido de interesarle averiguar más sobre el tal Pizarro y también sobre Atahualpa. Ha debido de narrarle a sus amigos y familiares, demostrando su fértil memoria, los diversos hechos de la gesta. Vale la pena aquí soltar otra confidencia. Resulta que el niño era descomido, situación que ha debido de provocar más de una preocupada conversación entre sus padres, don José Antonio del Busto Risco y doña María Angélica Duthurburu Villalta. No había cosa que le gustara menos que los frejoles. La madre entonces ideó una forma de hacerle comer. Convirtió el plato en la plaza de Cajamarca, donde los arroces blancos representaban a los españoles y los frejoles a los indígenas. Qué duda cabe que ante tal metáfora el niño co-

mía con gustoso placer. Doña Angélica, pues, entendía al hijo y de esa forma -tal vez sin pensarlo- contribuyó a que nuestra historiografía se nutriera en el conocimiento de aquel período.

Fui alumno del doctor José Antonio del Busto en los Estudios Generales Letras en el inolvidable curso *Historia del Perú I*, curso que -por esos azares del destino- me encontré dictando yo mismo años después, primero reemplazándolo y luego como profesor contratado. Puedo decir, en nombre de los que hemos sido sus alumnos, que sus virtudes para la cátedra son un ejemplo por seguir. Sus clases revelan una larga planificación. Suponen una constante elaboración y reelaboración. Del Busto les ha dado forma, las ha moldeado y perfeccionado, tal vez en sus inicios hasta las hubiese ensayado. Todo este trabajo es previo a la exposición, que es magistral. El riguroso profesor ingresa al salón con puntualidad delbustiana y, después de él, nadie más. El aula entonces se llena de una potente voz que cautiva, junto a la cual, un muy bien estudiado desplazamiento y un envidiable dominio del tema logran hipnotizar al auditorio. Recuerdo que cuando llevé el curso, éramos varios los que, luego de terminada la clase, reincidíamos en otro de sus horarios. La primera vez, para el deleite y la fascinación; la segunda, para tomar apuntes, imprescindibles para enfrentarse al examen, experiencia angustiosa, entre otras cosas, porque en esos momentos uno ya había escuchado infinitos comentarios acerca de las avaras notas.

El objetivo pedagógico se cumple con creces. Cada clase tiene un punto de partida y uno de llegada. En ellas la historia es vida. El auditorio contempla extasiado la cotidianeidad en tiempos prehispánicos, el parto de la mujer andina, las anécdotas diversas del trabajo comunal. Sus alumnos nos hemos embarcado en las *huampu* para acompañar a Túpac Yupanqui en su supuesto viaje a Oceanía. De regreso, presenciamos cuando Huayna Cápac tuvo enfrente a aquellos tres enanos que le dijeron: "*Inga, venímoste a llamar*", y compartimos la resignación del Inca al comprender: "*morir tengo*". Padecemos las penurias del viaje a Indias. Los tres famosos gritos: "*hombre al agua*", "*fuego a bordo*" y "*sálvese quien pueda*" casi nos hicieron huir despavoridos. Saboreamos también la dieta de

aquellos hombres que huyendo de la pobreza y del anonimato, optaron por la incertidumbre de la aventura en busca de construir fortuna, poder y memoria. Asistimos a la captura de Atahualpa y, felizmente, no nos hirieron los muros caídos de aquella plaza repleta de confusión y desencuentro. Hemos sido testigos expectantes de los últimos minutos del Marqués Gobernador y de cómo ese *"anillo se cerraba con intención de muerte"*. Aprendimos a diferenciar al *cuarterón*, del *quinterón*, del *chino*, del *salto atrás*, gracias a una minuciosa descripción de las características físicas junto con una explicación del lugar que ocupaban en la sociedad colonial.

En suma, hemos disfrutado del más honrado intento de reconstruir el pasado *"tal como fue, tal como sucedió y no como quisiéramos que hubiese sucedido"*. Del Busto busca comprender la verdad de lo acontecido. En esa comprensión, el rigor erudito, la fundada interpretación y, lo que él llama, *"intuición histórica"* deben ir de la mano. Estos tres elementos atraviesan su trabajo histórico, en especial sus biografías. Como sabemos, le encanta biografiar. Del Busto confiere sabor humano a sus personajes, los presenta con virtudes y defectos, busca entenderlos en su particular contexto, por eso los lectores sentimos más de cerca a esos actores. Cierto es que la historia no es sólo la de los grandes individuos, pero es también la de ellos si la narración del que fue su transcurrir nos permite adentrarnos en la época que vivieron. Notable la lección de del Busto. Como la historia se basa en la vida no puede tener por actores principales a conceptos abstractos o fríos universales interactuando entre sí. Del Busto, además, sabe que la comprensión del pasado adquiere su real sentido al permitimos comprender mejor la realidad en la que existimos. Ése es su más caro objetivo al difundir con real afecto su conocida y sugerente tesis del mestizaje cultural. Predica con acierto un Perú integral, al que, con su distintivo espíritu de síntesis, define como: *"un país independiente, uninacional, pluricultural, multilingüe y, por añadidura, mestizo"*.

El doctor del Busto, con su obra, sus lecciones y su ejemplo, ha formado hombres de letras y ha hecho historiadores. Él confía en sus alumnos. Todavía hoy puedo sentir el nerviosismo que me

embargó cuando un día de mayo de 1992, yo cursaba el tercer semestre de la carrera, me llamó a su oficina y me dijo: "*Quiero que me hagas una biografía sobre el Virrey Conde de Superunda, de 200 páginas, 26 líneas por página y 70 golpes por línea*"; "*tienes seis meses*", añadió. Debo decir que hasta ahora nada me ha asustado más que tal encargo. A otros compañeros de mi promoción les señaló diferentes personajes. Lo imperioso de la petición eliminaba la posibilidad de negarnos. Una semana después, según otra de sus indicaciones, le estaba entregando el esquema de trabajo. A partir de ahí leyó los avances, corrigió la redacción y criticó aquello con lo que no estaba de acuerdo. Esa experiencia me introdujo en la práctica, al mundo de los historiadores. No fue aquella una vivencia individual, y este *Cuaderno* es una prueba, ha sido experimentada por diversas generaciones, que tienen en del Busto a uno de los culpables de andar hoy desempolvando crónicas, memorias de gobierno y documentos de archivo.

En su tarea formativa del Busto otorga una gran importancia a motivarnos, quizá deba decir obligarnos, a investigar. Nos exige que el tema escogido sea escudriñado a cabalidad, por ello no acepta vacilaciones al sustentarlo. Nos suele decir, por ejemplo: "*Nadie sabe más que tú sobre tu tesis*", impulsándonos así a defender nuestras hipótesis con convicción. Como buen maestro su aproximación a los estudiantes no se circunscribe al aula de clases. Nos felicita por los logros y escucha nuestras preocupaciones. Es un tenaz consejero, bueno, como él sabe aconsejar, consejos con autoridad los podríamos llamar. Pero, sin lugar a dudas, nuestra vida personal le interesa y constantemente nos lo hace sentir. Es de los que dedica largas horas a sus alumnos con el fin de orientarlos o convencerlos según sus patrones. Y es que no es muy llano a cambiar su modo de pensar, no en balde él mismo se definió alguna vez como "*cromosómicamente terco*". Es hombre de fe y de entereza y, hasta en las situaciones más difíciles que ha vivido, su comportamiento nos ha ofrecido reconfortables enseñanzas. Vale la ocasión para agradecer a su familia, en especial a Teresa, por incentivarlo y ser soporte de su vocación, y por compartirlo con nosotros, hoy como ayer.

José Antonio del Busto Duthurburu nos ha regalado un modelo de cómo ser Auténtico, así con mayúscula, sin dobleces, de impecable coherencia, siempre leal e invariablemente sincero en el decir. Hombre afirmativo, de sólidos principios y un alto sentido del deber, derrocha honestidad personal e intelectual, de ideas claras y distintas, como diría el filósofo. Tal vez no se exceda en públicas manifestaciones cariñosas, pero es de los que sabe querer y quiere bien. No simpatiza con la idea de pregonar discípulos, sin embargo, creo que las notas y testimonios aquí reunidos son una demostración que, por alguna u otra circunstancia, o por varias, los que fuimos sus alumnos proclamamos con orgullo tener en él a un Maestro ejemplar.

Acabo de enterarme de que don Antuco ha sido reelegido director del Instituto Riva-Agüero. Gracias a Dios, en vísperas de cumplir los setenta años, José Antonio del Busto continúa manteniendo una entusiasta creación intelectual y un pleno ímpetu vital. Ha de estar en su despacho organizando grupos de investigación con las nuevas generaciones. O acaso esté en el aula, quien sabe si dictando *El Perú esencial*. Cerremos este *Cuaderno* cediéndole la palabra, evocando un fragmento aleccionador de aquella clase, una de las más emblemáticas de su terca apuesta por nuestro país.

*“De la palabra patria se desprenden otras tres: patricio, patriota y patriotero. Patricio es el que hace algo verdaderamente positivo y grande por su patria; patriota el que la ama con autenticidad; patriotero el que dice amarla más de lo que en realidad la ama. Ser patricio es admirable, patriota lo esperable, patriotero, despreciable.”*

Santiago de Chile, mayo del 2001.

*Joseph Dager Alva*

## Índice

<b>Presentación,</b> por Krzysztof Makowski Jefe del Departamento de Humanidades	5
<b>El doctor del Busto para los de mi generación,</b> por Cecilia Bákula Budge	7
<b>Antuco, nuestro querido primo,</b> por Juan Francisco, Martha Emilia, María Cecilia, Rosa María, Jaime Ramón, Jorge Luis y María R. Isabel del Busto Quiñones	12
<b>Antuco, el conquistador,</b> por Luis Jaime Cisneros Vizquerra	15
<b>Palabra de caballero,</b> por Amalia Castelli González	17
<b>Recuerdos de Antuco,</b> por Samuel Gerardo Choque Martínez	19
<b>¡Que te chifle!,</b> por Margarita E. Gentile	21
<b>José Antonio del Busto y el arte colonial peruano,</b> por Ute Geyer de León	24
<b>En Sevilla,</b> por Javier González Echenique	26
<b>José Antonio del Busto, amigo leal y generoso,</b> por Margarita Guerra Martinière	28

<b>El doctor Antuco,</b> por Laura Gutiérrez Arbulú	31
<b>José Antonio del Busto,</b> por Oswaldo Holguín Callo	35
<b>La contagiante pasión por la historia,</b> por Alex Huerta-Mercado Tenorio	37
<b>Recuerdo de José Antonio del Busto,</b> por Armando Nieto Vélez S.J.	39
<b>José Antonio del Busto, recuerdos del presente,</b> por René Ortiz Caballero	41
<b>Recuerdos del doctor del Busto,</b> por Hugo Pereyra Plasencia	44
<b>Vocación seria y perseverante,</b> por José Agustín de la Puente Candamo	46
<b>Mi Perú incaico,</b> por Jose Carlos de la Puente Luna	47
<b>El perseguidor,</b> por José Ragas Rojas	49
<b>Una clase con el doctor del Busto,</b> por Ernesto J. Rodríguez La Torre	51
<b>José Antonio del Busto: profesor de paso firme y mirada segura,</b> por Miriam Salas Olivari	53
<b>José Antonio del Busto: historiador y maestro,</b> por Eduardo Torres Arancivia	56
<b>Recuerdo primero de Antonio del Busto,</b> por Alberto Varillas Montenegro	59

<b>A Antonio del Busto,</b> por Deolinda Villa Esteves	61
<b>TESTIMONIOS</b>	65
<b>EPÍLOGO</b>	77
<b>Ser patricio....,</b> por Joseph Dager Alva	79



## PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

### *Archivo de la Universidad*

*César Gutiérrez Muñoz*  
Archivero de la Universidad

*Beatriz Montoya Valenzuela*  
*Sheyla Prado Guevara*  
*Vanessa Veintemilla Minaya*  
*Pablo Páucar Chumpitaz*  
Archiveros

*María Dextre Vitaliano*  
Administradora

*Javier Mendoza Suyo*  
Conservador

*Arturo Fernández Farro*  
*Christian Prada Flores*  
*Diego del Río Figueroa*  
*Jorge Luis Valdez Morgan*  
*Fabriccio Zapata Peñaloza*  
Alumnos colaboradores

*Elizabeth García Vásquez*  
Diagramadora

El número 26 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 21 de agosto de 2001, en el sexagésimo noveno aniversario del natalicio de José Antonio del Busto Duthurburu, en la imprenta PUCP. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.